

ISSN: 2805-8836

Baúl de historias

Vol. 1 - No. 8 - 117 p. - Montería, Colombia - 2025

Flora del Pilar Fernández Ortega (compiladora)

Baúl de historias

Vol. 1 - No. 8 - 117 p. - Montería, Colombia - 2025

Flora del Pilar Fernández Ortega (compiladora)

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Baúl de historias

Año 1 - No. 8

ISSN-e: 2805-8836

Primera edición, 2025

Escuela de Ciencias Sociales y Humanas

Programa de Comunicación Social - Periodismo

Seccional Montería

Arzobispo de Medellín y Gran Canciller UPB: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Rector Seccional Montería: Pbro. Juan Camilo Restrepo Tamayo

Vicerrector Académico: Juan Francisco Vásquez Carvajal

Vicerrector Académico Seccional Montería: Roger Góez Gutiérrez

Decana de Escuela de Ciencias Sociales y Humanas: Kelly Sofía Doria Velásquez

Coordinadora Editorial UPB: Lisa María Colorado Rodríguez

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Daniel Alejandro Rivera Rueda

Corrección de Estilo: Weimar Toro

Fotografía: Tomadas por los mismos autores de las crónicas

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2025

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 2354-20-05-25

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Tabla de contenido

Prólogo.....	7
<i>Flora del Pilar Fernández Ortega</i>	
El año de las crisis.....	9
<i>Adriana Cogollo Asías</i>	
Un mal procedimiento estético, una vida arrebatada.....	12
<i>Ana Karina Cohen Almanza</i>	
La cara del desplazamiento forzado: “como quien dice, no los queremos aquí”	16
<i>Andrea Santana Olaya</i>	
La pena de muerte	20
<i>Aury Sandrith Morales Morelo</i>	
El covid-19, una batalla inesperada	23
<i>Bairon Andrés Sánchez Ramos</i>	
Abogados de familia	27
<i>Camilo Andrés Castaño Castillo</i>	
“No entendía por qué pasaba el tiempo y yo no me sentía atraída sexualmente por nadie”	32
<i>David Andrés Cabrales Quiroz</i>	
Altos el Rosario y su Iglesia Cántaro.....	35
<i>Eylen López Yances</i>	
El Sinú: lugar de gente mítica.....	39
<i>Juliana Royo Malluk</i>	
El arte de ser yo	41
<i>Karen Sofía Mejía Villadiego</i>	
“Corozal se encuentra a 118 metros sobre el nivel del mar, y a esa altura se encuentra el prestigio de Mosaicos Corozal”: Julio Salgado.....	47
<i>Karolyn González Salgado</i>	
El diario vivir de un vendedor informal	52
<i>Katerine Pinedo Fuentes</i>	
Es difícil emprender, pero no imposible	55
<i>Luisa Fernanda Varilla Estrella</i>	

El baúl de lo paranormal	57
<i>Luz Ángela López Suárez</i>	
Los palcos engalanados se fueron al suelo... ..	59
<i>María Carolina Sierra Bertel</i>	
“Si no tienes palanca política o relaciones similares es imposible conseguir trabajo de la noche a la mañana”: Leonis Díaz	62
<i>María José Petro Díaz</i>	
Las emociones también se contagian.....	66
<i>María Paula Peña Agresoth</i>	
Oportunidades de un pedagogo	69
<i>María Fernanda Bohórquez Taboada</i>	
“Ella no merece estar así”: Jorge Orlando	71
<i>María Margarita Álvarez Martínez</i>	
Transformación de un quiosco de palma en institución educativa.....	75
<i>María de Jesús Guerra Vásquez</i>	
Soldado por un día	79
<i>Mailyn Carolina Díaz Cordero</i>	
Orgullosamente transgénero	83
<i>Néstor Javier Laza Chimá</i>	
El rostro de la resiliencia, un viaje sin retorno.....	86
<i>Rafael Ricardo Rico Lobo</i>	
“Porque, aunque el camino no es fácil, de todas nuestras experiencias debemos aprender”: Cesar Casarrubia	92
<i>Salomé Castillo Angulo</i>	
A sangre y fuego.....	95
<i>Stefanía Mestra Negrete</i>	
Juancho, su capacidad de héroe	98
<i>Vanesa Carolina Gómez Díaz</i>	
Anécdotas de una secuestrada.....	103
<i>Wandy Cecilia Acosta Romero</i>	
Las ganas lo pueden todo	108
<i>Wendy Doray García Bello</i>	
“Once años y medio de casados y ni un día fui feliz”: Alcira Díaz	111
<i>Zayra del Carmen Berrocal Caldera</i>	

Prólogo

Flora del Pilar Fernández Ortega

Una de las áreas del conocimiento más beneficiada por el avance tecnológico de los últimos años es a la comunicación, más concretamente el periodismo. Las costumbres han cambiado y, de lo impreso y lo manual, se pasó a lo digital y, con ello la forma de presentar los géneros periodísticos; dentro de los cuales la crónica que, desde los inicios de lo que hoy conocemos como periodismo, se ha mantenido vigente, cambiando solo su forma de presentación.

Gabriel García Márquez define la crónica se define como la novela de la realidad y afirma que es un relato “en el que hay que respetar estrictamente la realidad. Es para mí el género, la rama del periodismo que más se acerca a la literatura en cuanto a la forma de recolección de información, de la organización y del ojo que analiza”. Sin embargo, cabe destacar que, aunque no siempre es un relato lineal, su principal característica es la cronología. Se considera que este es un género híbrido, a mitad de camino entre el estilo informativo y el de sollicitación o estilo editorializante, y el mismo periodismo interpretativo.

Autores como Martín Vivaldi, señalan que los géneros periodísticos existentes —informativos, interpretativos y de opinión— se distinguen, sobre todo, en el ámbito académico y en la formación de los futuros profesionales de la comunicación, pero que en la realidad se mezclan y arrojan nuevos géneros. De esta manera surgen nuevos formatos, como las crónicas con sabor a reportaje y viceversa.

El siguiente ejercicio académico, realizado por los estudiantes del programa de Comunicación Social-Periodismo, de tercer semestre en el curso *Narrativa Periodística* es una muestra de que la crónica se mantiene fortalecida a través del tiempo.

El año de las crisis

Por Adriana Cogollo Asías



Fotografía, Luz Ángela López

El año 2020 fue un caos en la salud pública mundial. La expansión del virus covid-19 afectó el bienestar físico y mental de las personas alrededor del mundo. Y como por el efecto dominó, donde la caída de una ficha provoca el descenso de las otras, se sucedieron crisis tras crisis.

Factores como los cambios en las rutinas, la incertidumbre financiera, la falta de tacto social, el poco conocimiento del virus, la desmedida información y las noticias falsas de los medios de comunicación crearon un pavoroso escenario que promovió el incremento en los casos de enfermedades mentales, al igual que el agravamiento de pacientes con diagnósticos previos o incluso la muerte de estos.

El 12 de septiembre de ese caótico año, la joven Luz Ángela López Suárez se encontraba tranquilamente acostada en su cama en medio de la penumbra de su habitación. Y aunque ya era tarde, faltando unas escasas dos horas para que finalizará el día, estaba con su celular en la mano divagando por las redes sociales.

Pero en medio de ese tranquilo momento, su hermano menor de 15 años, Juan López Suarez, entró a la habitación, encendió las luces y con cara preocupada y vacilación le dio la noticia más desoladora de su vida. Su padre, Máximo López Sevilla había fallecido. Y aunque su hermano un minuto antes había encendido las luces, en ese instante, Luz López realmente se sintió cubierta por la oscuridad. Un dolor desgarrador que nunca había sentido brotaba en su pecho, mientras las lágrimas nublaban sus ojos y se extendían por sus mejillas y su cuello.

—¿Cómo fue ese momento? —No lo podía creer, simplemente no. Estaba en shock. Parecía mentira. Recuerdo que mi hermana mayor, Angie Sugey Pertuz, intentaba levantarme porque yo sin ser consiente me senté en el suelo a llorar desconsoladamente.

Pasaban los minutos y Luz López se ahogaba en su llanto. La habitación que hacía poco era como una cueva tranquila y reconfortante se había convertido en una celda de tortura. Y toda su familia se encontraba ahí. Su hermana Angie, la cual no era hija del recién fallecido, igualmente se notaba dolida por la devastadora noticia, pero con delicadeza intentaba reconfortar a su pequeña hermana que yacía, lamentable, tirada en el suelo. Después, su madre Edith Rosario Suárez se acercó, y en sus brazos acogió a su desamparada hija que lloraba como un cachorro abandonado.

Pasaron unos minutos más y Luz López pudo controlar un poco los impulsos nerviosos que atravesaban su cuerpo. Alzó la mirada y vio a su hermano Juan López. Este se encontraba en una esquina de su habitación llorando alteradamente, a la vez que su cuerpo temblaba. Sintió lástima por él. Y es que, a pesar de ser el menor de la familia, fue el que se enteró primero de lo sucedido. Debido a que su tía, que se encontraban con su padre en Urabá lo llamó para informarle aquella desdicha.

Sintiendo su cuerpo débil, Luz se puso de pie y siguió a su madre y hermanos que salían de su habitación para dirigirse a la sala de su casa. Estando ahí preguntó: “¿de qué murió mi papá?”, a lo que su madre respondió con voz triste y suave: “fue un paro cardiaco. Ya venía mal con su enfermedad, y no resistió”.

—¿Qué pensamientos tuviste al saber la causa de la muerte?

—Se me vinieron a la cabeza todos esos momentos en que lo vi angustiado por el confinamiento, por su trabajo. Y eso me provocó mucho más dolor y frustración, porque creo que pude haber hecho más por él, que se pudo haber evitado con la ayuda de nosotros como familia; aunque mi padre ya se había separado de mi mamá.

Ya era medianoche y el hecho aún era irreal para Luz López y su familia. Las lágrimas aún inundaban la casa. Luz se encontraba sentada al lado de su hermana en un mueble de la sala llorando en silencio, mientras su madre preocupada le daba un calmante a su hermano, quien a pesar de las horas transcurridas, seguía igual de perturbado. A los pocos minutos tocaron la puerta y su hermana abrió. Era su tío paterno, el cual tenía una expresión de pánico que en segundos se convirtió en una expresión de total tristeza al ver el desolador ambiente que había en la casa de las personas que más amó su fallecido hermano.

—¿Qué cambios de pensamiento provocó en ti este terrible suceso?

—Pues, me hizo valorar más la vida y me ayudó a reflexionar mucho acerca de la importancia de la salud mental. Con respecto al covid-19, las personas solo se preocuparon por la salud física y descuidaron la mental, y esa también era importante. Ya es 2022 y, afortunadamente, la situación es diferente a ese 12 de septiembre del 2020, pero debemos seguir cuidándonos para que otros no pasen por lo que pasó mi papá, mi familia y yo.

Han pasado dos años desde que empezó el caos por el virus covid-19 y han sido millones de familias las que se han visto afectadas. Las rutinas están volviendo a la normalidad, el confinamiento se ha acabado y muchos han superado la grave enfermedad. Sin embargo, los recuerdos de esos difíciles momentos han dejado secuelas que se deben tratar para realmente sanar. ○—————

Un mal procedimiento estético, una vida arrebatada

Por Ana Karina Cohen Almanza



Las voces bajas —una repetición constante de avemarías y plegarias que se sintonizan como un elegante soneto— se sienten pesadas en el ambiente. Esto, es lo que vive, a las 9:07 a.m. del 25 de julio del 2021, en la ciudad de Montería, la familia de la joven y hermosa Wendy Paola Álvarez Causil, quien se debatía entre la vida y la muerte en UCI, por causa de una nociva sustancia que le fue inyectada para aumentar sus glúteos. Frustración, rabia, impotencia y tristeza eran

los sentimientos que predominaban esa mañana en el corazón de quienes amaban a esta mujer, mientras caía un fuerte aguacero. La vida de Wendy se apagaba segundo a segundo, era como si cada gota que cayera del cielo se llevara las últimas esperanzas que quedaban.

La mujer, de 26 años de edad, madre de dos hermosos niños, después de someterse a una cirugía estética en el 2019, continuó realizándose procedimientos estéticos con frecuencia, para mantenerse radiante, así, tal cual como ella se describía. Cada mañana, a eso de las 6:00 a.m., antes de irse a su oficina, se miraba al espejo y admiraba su belleza. Amaba cuidarse, y no había día en que su esposo no le recordara lo orgulloso que sentía de estar a su lado, Wendy tenía la vida perfecta, una vida con la que la mayoría de las mujeres sueña... Y dicha vida le fue arrebatada, presuntamente, por Melina Alcalá.

La triste realidad es que, por culpa de los exigentes estándares de belleza, muchas chicas están dispuestas a llegar a los lugares menos indicados, para que personas que no están capacitadas les realicen procedimientos estéticos. El afán de verse perfectas les nubla el juicio y no se permiten pensar dos veces antes de cualquier intervención. La vanidad y la avaricia llega a pesar tanto que, cada año en el país, terminan por arrebatarles la vida a miles de mujeres.

A las 6:05 a.m. del 19 de julio del 2021, cuando Wendy Paola se alistaba para un día más de trabajo, se miró al espejo de su gran habitación y pensó en que quería definir de mejor manera sus glúteos. Wendy ya le había comentado a Vera Judith Revollo, la hermana de su suegra, el descontento que tenía con ellos, puesto que consideraba que con la cirugía plástica actual y el ejercicio constante no habían sido suficientes para lucirlos como ella quería. A eso de las 7:00 a.m., Wendy lleva a sus pequeños hijos al colegio y, luego, realiza una llamada al centro estético de la señora Melina Alcalá. Como no recibe respuesta alguna, deja un mensaje de texto en el que pide que le aparten una cita. Momentos después se programa un encuentro para el siguiente día a las 10:00 a.m. (Estos mensajes son vistos por su esposo, pero luego de ella muere).

Al llegar al centro estético Wendy recibe una especial atención, Melina trata de convencerla para inyectarle una sustancia que, según ella,

también tenía aplicada y de la cual le aseguró que sería un procedimiento totalmente ambulatorio. Wendy Paola notó que Melina Alcalá no poseía un amplio conocimiento respecto a dicho producto, y se lo comentó a Vera Judith, quien le aconsejó que mejor no se sometiera al procedimiento; sin embargo, en su afán de sentirse mejor con ella misma, y al saber que el precio era mucho menor del que imaginaba, decidió acordar una próxima cita para el día 23 del mismo mes.

En Colombia, 16 muertes en los últimos cuatro años se suman a los 180 eventos adversos que han ocurrido entre 2019 y 2022, de los cuales la mayoría sucedieron en 2019, con 109 reportes, mientras que este año 2024 ocupa el segundo lugar, con 54. De las 180 complicaciones solo una corresponde a hombres, el resto de las víctimas son mujeres entre los 25 y los 39 años. Todo esto a causa de cirugías y procedimientos estéticos mal practicados.

A las 11:00 a.m. del 23 de julio, la señora Melina Alcalá y María Pico Martínez, con quienes Wendy mantenía una cercana relación debido a que no era la primera vez que recurría a este par de mujeres, pasan por ella a su casa en un automóvil negro, según cuenta la empleada de Wendy Álvarez. No había pasado mucho tiempo cuando Mónica Revollo, suegra de Wendy Paola, recibe una llamada por parte de su hijo, quien le comenta con profundo dolor y la voz entrecortada que su esposa está siendo intubada, porque, posiblemente, era positiva para covid-19. Desde entonces, Melina Alcalá y su compañera evadieron cualquier solicitud que se les hacía para saber qué sustancia le habían aplicado a la joven.

En horas de la tarde se descubre que Wendy Álvarez no presentaba coronavirus. Su familia, indignada y desesperada, ruega a Melina que diga que producto inyectó en el cuerpo de Wendy, a lo que ella por fin responde que, simplemente, fue vitamina C. Sin embargo, al ver la gravedad en la que se encontraba esta mujer, Melina se ve obligada a confesar que no fue ella quien llevó a cabo el procedimiento, sino su compañera, María Pico Martínez. Por su parte, Wendy se encontraba batallando por su vida, y su familia, impotente, doblaba sus rodillas a Dios para que salvara la vida de aquella esposa, hija y madre ejemplar.

La información se esparció con velocidad por toda la ciudad, pues la familia del esposo de Wendy es conocida porque su mamá y sus tías tienen una prestigiosa peluquería dedicada, principalmente, a la puesta y venta de extensiones de cabello 100 % humano, ubicada en el barrio La Castellana. Además, empiezan a circular distintos comentarios durante esa oscura noche, uno de ellos es de un testigo que vio cómo, un día, una chica se desmayó al aplicarse 2 inyecciones en el centro estético de Melina Alcalá, procedimiento que fue llevado a cabo por una mujer que le dicen “señora Colombia”, la misma mujer que acompañó a Melina a buscar a Wendy momentos antes de la tragedia.

Los latidos de Melina cada vez eran más lentos, su respiración se cortaba mientras estaba postrada en una cama con sábanas blancas, su familia solo podía verla, uno a uno, detrás de una gran ventana de vidrio. Wendy no volvió a abrir sus ojos; a las 2:05 a.m. de esa fría madrugada ocurre su deceso... entonces retumbaban fuertes llantos y lamentos en los pasillos de aquel lugar.

Al día siguiente, con el alma hecha pedazos, su familia y amigos más cercanos le dan el último adiós a esta mujer que dejó huellas en todos sus conocidos. Ahora, sus hijos de 5 y 3 años tendrían que enfrentar la vida sin su madre, porque un procedimiento estético realizado por una novata irresponsable acabó con la sonrisa de aquellos pequeños que amaban ver películas con su madre antes de ir a dormir. Ahora el beso de buenas noches se los da su padre, quien ha ido asimilando, con resignación, la partida de la mujer con la que quiso llegar a su vejez. ◦

La cara del desplazamiento forzado: “como quien dice, no los queremos aquí”

Por Andrea Santana Olaya



Es difícil cuantificar el número de víctimas de la violencia, en el departamento de Córdoba, que fueron producto de las masacres colectivas que se vivieron entre 1988 y 1990, la mayoría protagonizadas por grupos paramilitares.

Por esta ola de violencia, 1532 campesinos se desplazaron hasta Montería, para huir de estos actos violentos provocados por los grupos al margen de la ley. Así, pues, la razón principal del abandono del campo fue dicha violencia.

El 12 de noviembre de 1988 un grupo de paramilitares ingresó a la finca La Puya, en el municipio de Los Córdoba, al norte del departamento. Allí decapitaron, con machete, a siete campesinos. La finca era reconocida en la región, porque desde 1985 un grupo de 250 familias campesinas decidieron tomarse los terrenos baldíos, que eran propiedad de una viuda cuyo esposo fue miembro del Cartel de Medellín. Estos campesinos hacían parte del comité local de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (Anuc).

María del Carmen —una campesina que vivía en el municipio de Buenavista, Córdoba, donde subsistía de sus negocios de abarrotes y carnicería— nos cuenta cómo sufrió y vivió de cerca la violencia de la finca La Puya, cómo fueron esos días de guerra y de masacre, junto a sus hijos.

Era una vía destapada, una carretera de trocha a la que los buses a veces entraban y a veces no. No había luz, y ella tenía una tiendita en la que vendía hielo, gasolina, y los sábados mataban ganado y cerdo, para vender y así sostenerse. Don Cristo su esposo (q. e. p. d.) se iba desde los viernes, y volvía el lunes, para las fiestas de los pueblos que quedaban por ahí cerca. Se vivía bien, tranquilos, cada quien sacaba sus cultivos para vender en Montería y así tenían para comprar mercado y sostenerse.

María del Carmen afirma que no se puede relatar, exactamente, el punto de partida de esta masacre, de pronto en la invasión había rumores porque eso era cerquita del pueblo. La guerra no era contra ellos, era para las familias campesinas que estaban alojadas en la finca La Puya. Un día, los paramilitares entraron al pueblo en busca de cómplices para arremeter contra ellos, pero al no encontrar nada se marcharon.

El 12 de noviembre de 1988, a las 5 p.m. se tomaron el pueblo de Buenavista y comenzaron a disparar a diestra y a siniestra. María del Carmen se encerró con sus 5 hijos en una sola habitación, les decía que no hablaran, que todo iba a pasar pronto. Mientras, los paramilitares golpeaban y forcejeaban las puertas para poder entrar, se escuchaban los gritos y los disparos... este terror duro casi 2 horas. Al día siguiente, todos salieron a mirar qué había sucedido en el pueblo. Su

casa estaba rayada con aerosol con una frase que decía: “por sapos”. El desespero y la angustia eran inevitables, al pasar los minutos se dieron cuenta de que a algunos de sus vecinos los habían decapitado y a otros los habían desaparecido sin dejar rastro alguno.

Testigo de la masacre en La Puya

Montería, Asentamiento. 6 de marzo al 22 de abril, 1989

“Desde hacía días estábamos preocupados, pues la policía de Canalete y de Córdoba, junto con el ejército, no sé si son de la brigada, vivían averiguando por los guerrilleros que vivían con nosotros... durante un mes vigilamos, por si acaso, pero después nos pusimos a pensar que eso era pendejada y ese día nadie cuidaba. De pronto oímos un tiro, yo ni me acuerdo qué se hizo mi compadre, sólo recuerdo que llegó una comadre, venía con un niño en la cintura y otro de la mano, venía corriendo y gritando: «llegaron los sicarios a matarnos».

» Vimos que la tienda se quemaba y vimos cuando los encapuchados traían a los compañeros y, de a uno en uno, les fueron cortando la cabeza con un machete... aunque ya estaba algo oscuro los distinguí a todos... la tienda, ya caía consumida por el fuego.

» La tarde siguiente salieron en un camión que fue a llevar ganado para allá, cerca del pueblo. En la ciudad de Montería los esperaba su mamá (q. e. p. d.), pero no lograron sacar casi nada, solo algunas cositas. La tienda, los animales, las camas... todo se perdió. De todos modos, no podían cargar nada, pues la casa de que los esperaba era de bahareque y demasiado pequeña. Tenían que dormir unos en hamacas y otros en el suelo.

» Al mes de salir quemaron todo, como quien dice, “no los queremos aquí”. A los seis meses volvieron al lugar a recorrer sus tierras, pero todo estaba irreconocible, ya no había nada, ni casa ni tienda, se quemó todo, taburetes, mesas, de todo, los animales se perdieron...”.

Con bastante melancolía, el testigo de la masacre de La Puya recuerda esos momentos de incertidumbre y la cicatriz más grande de este hecho que nunca tuvo una solución por parte del Estado. Adelfí, la

segunda hermana de cinco se vio mentalmente afectada a raíz de estos hechos, los entes de control nunca se pronunciaron al respecto. “Ella vio a las personas decapitadas, escuchó los disparos y los gritos”, esos recuerdos nunca los olvidará.

Después de casi 30 años, estos casos siguen impunes. La restitución de sus tierras sigue archivada en una oficina, en completo abandono. Solo una que otra llamada al mes para constatar si aún siguen con vida. “Aun no pierdo la esperanza”, dice.

Fueron más de 10 municipios los perjudicados por esta guerra, la cual afectó a los campesinos y los obligó a emigrar a la ciudad y a dejar de lado sus costumbres y raíces, acomodándose obligadamente a lo poco que les podía brindar la ciudad de Montería.

Finalmente, dice María del Carmen “a pesar de la guerra que vivimos, mi familia se mantuvo unida y pudimos surgir en la ciudad, los primeros meses fueron duros, nos tocó dormir en el piso, mis hijos desde los 10 años comenzaron a trabajar para poder llevar algo de comer a la casa, ahora estoy aquí, en mi casa, y con mi finca cerca de donde ocurrió la masacre, pero con tranquilidad”.

La pena de muerte

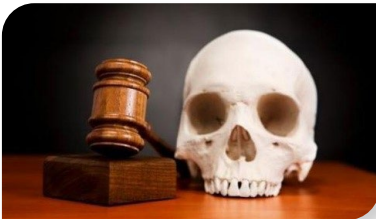
Por Aury Sandrith Morales Morelo

*Si fuera cierto uno de los principales argumentos
a favor de la pena de muerte,
es indiscutible que sólo se hubiera tenido que aplicar
la primera vez.*

JAUME PERICH

La pena de muerte es un tema que continuamente está en el centro de la polémica, aunque esté abolida en gran parte América.

¿Cuál es el argumento para la aplicación de la pena de muerte? ¿Es realmente necesario matar al delincuente? ¿Se puede considerar como “justa” dicha pena?



La pena de muerte es el exponente máximo de la pena cruel, inhumana y degradante. En el mundo, a diario, hombres y mujeres, esperan la ejecución independientemente del delito que hayan cometido, de si son culpables o inocentes, un sistema de justicia que valora más el castigo que la rehabilitación se cobra sus vidas. Mientras un preso siga con vida, mantiene la esperanza de la rehabilitación, o de la absolución si se llega a determinar que es inocente.

Actualmente se puede evidenciar la manera en que se ha tratado de aplicar esta corrección a los violadores o personas que cometen un delito sumamente grave. Sin embargo, todas las formas de ejecución son inhumanas. A menudo, se defiende que la inyección letal es un método más humano porque al menos, superficialmente, parece menos cruel y salvaje que otras formas de ejecución, como la decapitación, la electrocución, la cámara de gas o el ahorcamiento.

Quiénes sostienen la validez jurídica de esta sanción afirman que, cuando el delito es tan grave, como en el caso de un asesinato, el Estado tiene el deber de sancionar la comisión de ese delito con una medida que corresponda a la gravedad de este.

José Alejandro Pérez, estudiante de la Facultad de Ingeniería Industrial de la Universidad de Córdoba, que no está de acuerdo con esta modalidad, ya que se trata de la vida de un ser humano que, si es culpable, no merece morir de esa manera. Él cree en Dios, y afirma que solo él tiene el derecho de darnos la vida y de quitarla. “Algunas personas, aplicando este castigo a las personas que han incurrido en delitos graves, como la violación, consideran que esta es una solución propicia para la sociedad, teniendo en cuenta que, independientemente, es una muerte más y no un delito menos”.

Así se trate de un delito grave, José Pérez no puede creer que los gobiernos se sientan satisfechos al aplicarla en algunas personas que no tengan otra alternativa, ya que en el juicio esto se dictaminó. No le encuentra aspectos positivos a la pena de muerte, que al contrario lo ve como un acto atroz que quieren maquillar como justicia.

Dice, además, que, sin importar los diferentes delitos y crímenes, tanto de asesinato, como hurto agravado y calificado, violación, secuestro y

tortura, ninguna persona merece morir. Con la mirada fija y perpleja afirma: “en estas circunstancias pienso en una madre, hija, hermana, incluyendo de mi género masculino, que están expuestos a sufrir y a ser víctimas de este suceso pavoroso... Deben existir otras alternativas para erradicar todo este problema, porque, por ejemplo, empleando la pena de muerte la persona no sufriría y no razonaría para corregir su error; mientras que con la cadena perpetua se le puede dar lo que resta de vida para arrepentirse del hecho cometido”, dijo José Pérez.

El Covid-19, una batalla inesperada

Por Bairon Andrés Sánchez Ramos



Roberto Domínguez de 50 años, docente y habitante de Chinú, Córdoba, se levantó muy temprano el 1 de julio de 2020, como de costumbre, aunque no todo era como siempre: ese día una gran congestión invadía su nariz. Roberto pensó que era una gripe normal y continuó con sus labores diarias, pero al pasar los días esta situación se fue agravando hasta hacerle sentir demasiada fiebre y dolor en el cuerpo, lo cual le preocupó profundamente.

Pero el 7 de julio del mismo año empezó a sentir dificultad para respirar, tos seca y saturación baja, de inmediato, y como en una ola de desespero, acudió al centro médico donde le realizaron una radiografía, la cual evidenció problemas en los pulmones, es decir, inicios de una preocupante neumonía.

Desde ese momento, Roberto fue estabilizado en Chinú y el médico que lo atendía decidió trasladarlo a una clínica con mejores recursos en la ciudad de Montería, pero es rechazado y trasladado, de inmediato, a una unidad de urgencias en Medicina Integral.

En esta entidad lo atienden con rapidez, debido a la emergencia del caso. Le realizan la prueba de covid-19, la cual sale positiva y, por este motivo, deciden practicarle una tomografía pulmonar. Desde entonces, Roberto narra el momento en que le piden quitarse la ropa y acostarse en una camilla, donde le colocan una máscara de oxígeno. Por la gravedad del asunto y la gran dificultad para respirar, los médicos proceden a intubarlo.

Roberto permaneció vendado alrededor de 38 días, en los que lo despertaban por breves momentos para hacer videollamadas con sus familiares y, así, poder recibir estímulos por parte de ellos. Roberto asegura que, durante el tiempo que duró en la UCI bajo sedación, en ese profundo lapso, tuvo sueños muy vividos, casi reales, hasta el punto de que, en ocasiones, no sabía cuándo soñaba y cuándo estaba despierto.

Narra que en sus sueños siempre estaban presente los hijos, la esposa, los familiares y los alumnos del colegio en el que trabaja. En ocasiones soñó con amigos fallecidos y, también, que él mismo moría de formas diferentes y extrañas. Perdió la noción del tiempo y la movilidad en las piernas, todo en ese momento era confuso, como un rompecabezas, era algo extraño y sin claridad, no supo si por efecto de la sedación o por la enfermedad.

En muchas ocasiones despertó agresivamente y se quitó los equipos a los cuales estaba conectado. De inmediato los enfermeros y médicos corrían a estabilizarlo y brindarle ayuda. En su confusión, ellos eran como una mezcla de animales y personas que lo sujetaban fuertemente para que no se lastimara, pero todo con el fin de socorrerlo lo más pronto posible.

Al pasar los días, Roberto volvió a ser consciente. Recuerda que había un médico joven que preguntaba: “¿este es el paciente?” Y otras voces en coro respondían: “sí señor”, después de esto lo prepararon y le

practicaron la traqueotomía. Luego de haber pasado por cuatro intubaciones le fue retirada la sedación y duró consciente con este procedimiento 12 días más.

Todo el tiempo estuvo consiente, pero en la UCI mostró aún más recuperación y, poco a poco, sus pulmones volvían a funcionar de forma correcta y, aunque aún congestionados por la flema y la infección, iba mejorando. De allí lo pasaron a sala de recuperación, dónde a pesar de su progreso, conservaba la traqueotomía.

Ante la complejidad de la situación, y sin poder pronunciar palabra alguna, sus piernas se negaban a responder las órdenes de su cerebro. Roberto, estaba frustrado y la tristeza invadió cada célula de su cuerpo, desde el momento en que fue consciente de su estado. Los médicos y enfermeras trataban de brindarle apoyo, ánimo y esperanza, la cual se fortaleció por las visitas inesperadas de la psicóloga. Esto fue de gran ayuda para mejorar su condición emocional.

Pasado el tiempo, Roberto fue trasladado a la sala de recuperación donde ya podía recibir visitas y tener acompañantes. En ese momento, la sorpresa más emotiva para él fue ver de nuevo a su esposa; aunque mantenía algunas lagunas mentales, pues Roberto solo recordaba los días en que había estado consciente y no los que duró intubado e inconsciente. Perseverante por su evolución, y en sala de recuperación, duró un tiempo más hasta completar 52 días de hospitalización.

Hasta aquí, se podría decir que ganó la batalla, puesto que pudo sobrevivir al covid-19, pero esta historia no acaba de esta forma, los médicos lo enviaron a casa con ciertas restricciones y tratamientos, aunque sin ninguna clase de seguimiento, excepto, por las veces que asistía a terapia física para poder volver a recuperar la movilidad que tanto anhelaba.

Por esta razón en el mes de marzo del 2021, Roberto volvió a ser internado en la UCI por una fibrosis pulmonar, causada por las secuelas que le dejó esta enfermedad. Otra vez estuvo hospitalizado por más de 15 días, pero esta vez en el municipio de Sahagún, Córdoba, bajo estricta vigilancia y con tratamiento de antibióticos de séptima generación. Una vez transcurrido este episodio oscuro y después de recu-

perado en gran parte, volvió a los ejercicios de movilidad, sin ayuda de un fisioterapeuta.

De allí en adelante el panorama cambió de color: estaba en seguimiento médico de neumología y, hasta el día de hoy, sigue bajo control. Roberto manifiesta que siente cansancio de vez en cuando, a veces con mucha facilidad. Incluso, ha habido momentos en los que no recuerda cosas o sale buscar algo y, de camino, se le olvidaba todo.

Actualmente, su recuperación ha sido satisfactoria y aunque siente un hormigueo en sus piernas y fatiga al caminar, manifiesta que su recuperación ha sido favorable. Cuenta que salir con vida de esa situación, más que una batalla fue un milagro, pues muchos se unieron en oración por él y, gracias a esto, cuenta su historia. ◦

Abogados de familia

Por Camilo Andrés Castaño Castillo



*De izquierda a derecha: Carlos Pérez,
Álvaro Javier y Bleider Castillo*

A las 6 a.m. en punto, cuando los pájaros cantan y los padres se levantan, una casa, de tamaño medio corto, que está ubicada cerca del centro de la ciudad de Montería, resguarda a una mujer con cabello bien largo y que le llega hasta las rodillas.

Su sueño aparente, se esfuma en el momento en que suena la alarma, sabe que esa es su señal. Sin pestañear siquiera, se levanta como un guepardo y sin darse tiempo para pensar ya está en la ducha bañándose.

Después de un momento más corto que comerse un aperitivo, la mujer sale y comienza a limpiarse, el agua la ha traído a sus seis sentidos. Recuerda que tiene que despertar y levantar a sus cuatro varones, preparar el desayuno y alistarse para ir al trabajo.

La mujer procede, ha realizado esto tantas veces que ya sabe a quién levantar primero, quién es más jodón para despertar, quién es el primero en bañarse, qué desayuno debe preparar, cuánta plata les va a dar y cuánto se va a demorar alistándose. Los muchachos, por su

parte, conocen cuándo alistarse y cuándo irse, sin demorarse tanto, para no obstaculizar a su señora madre. A las 8 en punto la casa está vacía y ella se va junto a dos de sus hijos.

En el camino a la oficina, charla con sus retoños, como es costumbre. Empieza comentándoles sobre el caso en el que ella ha estado trabajando últimamente y sobre cómo está a punto de resolverlo. Todo mientras el hijo mayor, que va conduciendo, conecta su celular a la radio mediante el *Bluetooth*, para ponerse a escuchar sus canciones de temática religiosa y de tipo rock cristiano. La doctora, con un marcado gesto de desagrado en su cara y con un tono casi agresivo, le pide bajar el volumen y que la escuché. El muchacho acepta a regañadientes, sabe que cuando su madre se pone de esa manera, solo es el prelude para un huracán de discusión, en el que él no quiere estar metido.

El otro retoño, de apariencia más calmada, pero que es un mini-tornado que se puede formar a la más mínima provocación, los ignora. Al igual que su hermano, no quiere estar metido en peleas absurdas de las que sabe que ni él ni su madre están dispuestos a ceder. Por lo que recuesta su cabeza contra la puerta y decide echarse una siesta.

A eso de las 8:10 llega a su trabajo, una oficina de abogados ubicada en la calle 34, entre las carreras 7.^a y 8.a. Al entrar, se encuentra al señor de los tintos que, recientemente, empezó a atenderla, diciéndole: “ombe, doctora Bleider, buenos días”. “Buenos días”, responde también ella, y le pide al tintero que le dé uno, para, luego de tomarse un sorbito, entrar a su oficina recién estrenada. Nada más entrar saluda a todos sus compañeros: su hermano Luis, su sobrina Kriss, sus dos hijos Álvaro y Carlos, que habían entrado antes y su amigazo, Carlos Pérez, quien, sin ser consanguíneo, es casi parte de la familia. Juntos se van a la sala de reuniones, que queda en todo el medio de un pasillo que lleva a las oficinas de cada uno. Ahí se sientan a discutir sobre los casos que tiene cada uno.

Empieza Bleider, cuya especialización es derecho penal. Habla sobre un caso de un muchacho que fue inculpado por un crimen que, dice él, no cometió. Se le acusa de asesinar a su expareja y al novio de esta, cuando ambos venían de una fiesta acaecida en Ciénaga de Oro. De noche, en el trayecto, una de las llantas de su moto resultó dañada,

misteriosamente, lo que provocó su descontrol y la posterior muerte de sus dos ocupantes, quienes salieron de la carretera y se estamparon contra el suelo, lo que les produjo una contusión craneal.

La familia de la fallecida acusa a su expareja, debido a que días antes habían tenido una discusión muy fuerte en su casa y, además, el implicado posee un conocimiento general sobre las motos y su funcionamiento. Para acabar de rematar, él estuvo esa noche en Ciénaga, por lo que creen que fue ese el momento en el cual aprovechó para realizar su venganza.

El acusado se defiende de estas acusaciones, diciendo que no tenía conocimiento alguno de que su ex se encontrara en ese momento en dicho lugar, y que solo estuvo ahí para visitar a unos familiares. También niega que haya sido capaz de manipular el vehículo, ya que, según sus propias palabras: “no sería capaz de provocarle la muerte a alguien a quien quise mucho”.

El doctor Carlos Pérez, también especializado en derecho penal, manifiesta su interés por el caso, sus también 30 años de servicio como abogado, le han labrado un olfato de primera, cuando, de resolver problemas como este, se trata. No en vano ha conseguido absolver a casi 50 detenidos, durante los últimos 3 años.

Los doctores Luis y Kriss Castillo también manifiestan su interés en el caso, aunque como el primero es especialista en derecho civil y la otra en contratación pública, ya tienen varios casos pendientes, por lo que tienen que abandonar el recinto antes de tiempo, no sin antes desearles un feliz día y de hacerle entrega a Bleider de una serie de cucharas, trinchas y cuchillos que les había prestado con anterioridad. “¿Esto qué?”, pregunta Bleider. “Son los utensilios que me prestaste en diciembre, cuando fuiste a celebrar Año Nuevo en mi casa”, responde Luis. La doctora asiente ligeramente con su cabeza y con un “jmmm, ya” deja en claro que se acuerda de lo que pasó. Recibe los cubiertos, y le pide a su hermano que, para la próxima, no se los robe. Luis con una pequeña risa responde: “no, para la próxima si no me demoro”, y se ríe. Luego de un pequeño descanso en el que aprovecharon y compraron pan con Pony Malta, siguieron su discusión.

Empezaba Carlos Pérez, a quien le llegó un caso de problemas de herencia. Resulta que una familia que vivía en una casa ubicada en el barrio La Granja, de la ciudad de Montería, tuvo problemas de sucesión cuando uno de los dueños de esta, el señor Sinforoso Pineda Ramírez falleció. Esto ocasionó un problema entre su esposa María Nohemí Pineda y el hermano del difunto, Carlos Enrique Hernández Spath, quien reclama ser el único e indiscutible dueño del predio y exige que la mujer, quien según él nunca ha contribuido a la economía del hogar, se marche y busque otro lugar. La señora Nohemí, quien además de viuda es madre soltera, acudió a ellos, por el buen historial del doctor Carlos Pérez, y porque cree que Carlos Enrique se benefició ilícitamente de la muerte de su marido, vendiendo su mitad de derecho sobre la casa, y queriendo ahora acudir a la mitad de derecho de su hermano, que ahora pertenece a ella, que fue su esposa.

Los abogados, al escuchar estas historias, se ponen todos de acuerdo en trabajar de lleno en los casos. La doctora Bleider se enfocará en la historia primeramente narrada, mientras que Carlos Pérez en esta última, aunque ambos pueden ayudarse, si así lo desean.

Álvaro Javier, mientras tanto, se centraría en las redes sociales y en dar a conocer su labor social con la ciudadanía, lo que de inexperto tiene en el ejercicio profesional, lo compensa enormemente con un gran talento para crear y generar contenido en las redes sociales. Con su carisma y con las ganas que le pone a las diversas actividades en las que ha estado involucrado, ha conseguido ganarse la confianza de un muy buen número de personas.

Carlos Alberto, menos involucrado en la conversación, pero el más activo a la hora de la verdad, se encargará del diseño gráfico. Una labor muchas veces infravalorada, pero que es la puerta de entrada del público hacia el negocio, pues si la gente no se siente atraída por nuestra imagen visual o el contenido de está, se irán. Por eso, Carlos se esfuerza duramente para demostrar su importancia.

Todos entonces, se ponen manos a la obra, Carlos se va hacia su oficina, mientras que los demás se mantienen trabajando hasta que empiece a caer la oscuridad, señal de que es todo por hoy.

A eso de las 6 o 6:30 regresan a la casa, el camino de vuelta es más silencioso que el de ida, pues se comentan pocas cosas referentes al trabajo.

Al llegar a casa, se encuentra con sus otros dos hijos, Carlos Junior y Antonio, quienes acaban de volver de sus clases en la universidad. Todos están cansados, aunque sus ganas de cenar algo que los llene, los supera por mucho. Deciden hacerse unas tajaditas de plátano maduro, combinadas con huevo y salchichón... no es mucho, pero es suficiente, además de fácil de preparar. Mientras tanto, Antonio decide hacerse un café, del que es un fanático total y del cual siempre debe tener un termo lleno a su regreso, si no, él se hace uno.

Al final del día, todos se cuentan cómo les fue y que actividades o tareas tienen que realizar para después. ◦

“No entendía por qué pasaba el tiempo y yo no me sentía atraída sexualmente por nadie”

Por David Andrés Cabrales Quiroz



“Autorretrato”, Carla Sánchez*

Orígenes

Carla Sánchez ve cómo en su pubertad y adolescencia todas sus amigas y su círculo social empiezan a hablar y a discutir sobre temas sexuales, como la virginidad y la primera vez, —temas comunes para los jóvenes de esa edad en que las hormonas se revolucionan y están por los cielos—. Para ella no fue incómodo escucharlos hablar de esos temas, simplemente no comprendía por qué al resto de sus compañeros de clase les parecía tan importante o por qué era una necesidad tan apremiante el asunto de la atracción sexual.

“Los asexuales si sienten placer”, comenta Carla, el placer no está ligado a la atracción sexual, el cuerpo, independientemente de esto, debería funcionar correctamente, en caso de que no sea así, se estaría hablando ya de problemas sexuales. El caso es que la atracción sexual puede ser dirigida o enfocada en algo o en alguien, lo cual los asexuales no sienten, pero sí placer, sí responden a los estímulos con intenciones eróticas.

La asexualidad es un espectro

La asexualidad es solo un espectro de algo más grande. No son únicamente un tipo de personas, pues existen personas demisexuales, por ejemplo, que necesitan crear un vínculo emocional muy fuerte para sentir atracción sexual por otra persona. En pocas palabras: solo se sienten atraídos por su pareja o por alguien que les genere este mismo tipo de emociones.

Carla se encuentra en la grissexualidad, dice que en este espectro la atracción sexual puede llegar a existir; pero muy poca... en ocasiones muy contadas.

Ser asexual en Montería

En Montería, siendo una región muy tradicional y todavía muy machista, se lanzan comentarios generados por la ignorancia o por el simple hecho de ser personas con malas intenciones, o por ser morbosos. Comentarios como: “es que no has estado con nadie”, “yo te quito eso” o “yo espero a que se te quite”, son cosas que Carla escucha, a veces, de parte de las personas con las cuales interactúa. Para evitar malentendidos, ella les comenta su situación.

Es muy fácil sorprenderse ante un caso tan extraño, sobre todo si se tienen en cuenta las experiencias con las cuales se crece, las personas que se conocen y viviendo en el contexto y en el ambiente propio de la Costa Caribe.

Ser asexual en Montería puede llegar a ser difícil, por lo menos, para Carla lo es, ya que es una persona con necesidades afectivas normales, como cualquier persona sexual puede llegar a sentir. Una persona asexual puede sentirse atraída románticamente por alguien más, es

algo independiente. Así como el número de personas asexuales en la ciudad es escaso, también lo son las personas sexuales que están dispuestas a aceptar y a cambiar su estilo de vida por una persona en el espectro asexual y viceversa.

Las personas con las cuales Carla puede sentirse identificada en Montería son pocas; incluyéndola, serían 5 en aquel espectro en el cual no existe atracción sexual. Estos números pueden desanimar a cualquiera y pueden dejar la sensación de que es probable que nadie llegue a entenderlo del todo, puesto que Montería es una ciudad con más de medio millón de habitantes.

La asexualidad y la educación sexual

“No deberías sentirte raro, ni tampoco obligarte a hacer cosas que no deseas o no las sientes. Es muy importante limitarse, tolerar la situación de otra persona porque te lo pide, no es lo correcto”. Esto comenta Carla sobre aquellas personas que, a lo mejor, no están seguras de su lugar en el “mundo sexual”. El no tener relaciones sexuales, en raras ocasiones, o no tener su primera interacción sexual hasta una edad tardía, no necesariamente significa que esas personas pertenezcan al espectro asexual, “cada persona tiene sus propios puntos de vista, como el celibato o diferentes variables que no les permitan tener sexo con frecuencia”.

Aunque suene un poco irónico, Carla nos deja un mensaje final sobre la educación sexual, se debe tener en cuenta todo el espectro sexual al momento de brindar educación en los colegios, lo cual puede resolver muchas dudas, antes de que pueda llegar a ser tarde, y evitar que los jóvenes tomen acciones de las cuales no están completamente seguros o que no tengan su total consentimiento. Todo sin excluir a los otros casos, como los de la comunidad LGTBI, y brindar información sobre la existencia de otros métodos anticonceptivos aparte del condón, y que no solamente el condón deba ser utilizado en parejas heterosexuales, pues las ETS no distinguen orientación sexual. “Es importante decirle a los niños y a los adolescentes que está bien no sentir atracción sexual por nadie, no deben sentirse mal porque las demás personas sí la sientan. Que no deben sentirse obligados ni forzarse a hacer cosas que no desean”.

Altos el Rosario y su Iglesia Cántaro

Por Eylen López Yances



Francisco González, desde joven, fue un hombre entregado a Dios y junto a su familia siempre han sido muy devotos. Es de admirar la historia de cómo se conoció con su esposa y de cómo decidieron crear una fundación e iglesia para ayudar a las personas con problemas de drogadicción, alcoholismo, enfermedades y con presencias demoniacas.

Geny López es una mujer que siempre ha estado rodeada de la palabra de Dios, pues su familia es cristiana. Sin embargo, durante un tiempo, pasaron por un momento demasiado traumático debido a que Geny empezó a experimentar ataques demoniacos que finalizaron con la posesión completa de su cuerpo por un ente satánico. Debido a esto, como familia decidieron contactar a unos pastores para que los ayudaran a liberar a su hija. La llevaron a la iglesia en la que Francisco era el pastor. Él la estuvo ayudando, la liberó completamente de la posesión y poco a poco se fueron enamorando.

Ellos se conocieron cuando ambos estaban separados de sus antiguas parejas. Geny tenía dos hijas, mientras que el pastor Francisco aún no tenía ninguno. Su amor mutuo fue creciendo hasta el punto en el que

decidieron casarse y conformar una familia. Debido a la experiencia paranormal y al sufrimiento que vivió Geny por la posesión demoníaca, tomaron la decisión de crear una iglesia y una fundación, para ayudar a quienes lo necesitaran. De la mano de Dios y de su esposo fundaron la Iglesia Cántaro.

La iglesia y fundación consta de varios espacios: en la parte de adelante está la iglesia; en la parte posterior hay una especie de patio-salón, que consta de una base de dos pisos en la que hay varias habitaciones; en la parte de alado están los baños, la tienda, la cocina y, por último, un lugar aislado, que son unas celdas a las que ingresan a las personas poseídas o a las drogadictas.

Hay culto todos los días, los domingos dan la predica general, a la que asisten personas de varias partes, ya que, debido a la cantidad de personas que han ayudado, han recibido reconocimiento en varias ciudades y municipios de Colombia. Tienen un grupo de oración, personal de limpieza, cocina y personas allegadas a ellos que los ayudan con el manejo de la iglesia y su fundación.

A lo largo de su vida en se han encontrado con una variedad de casos, muy impactantes e insólitos. Solo quienes estuvieron en ese momento y lugar pueden confirmar que así sucedió y que el poder de Dios es real.

—Mija, una vez nos trajeron a un hombre que pesaba más de 120 kg y no lo parecía, pero ese peso era la cantidad de demonios que tenía en su cuerpo, ese muchacho tenía una fuerza impresionante, entre diez hombres lo sostuvieron para poder hacerle la liberación; sin embargo, logró escaparse y tuvieron que perseguirlo y amarrarlo a un palo de mango para que yo pudiera hacer el proceso de exorcismo —cuenta el pastor Francisco.

Uno de los casos más recientes tratados por el pastor Francisco González y su esposa Geny López fue el de una mujer llamada Gina, la cual presentaba graves problemas mentales, entre ellos: delirios, instintos suicidas y paranoia. Los pastores manifiestan que esto es un claro caso de brujería, pues los síntomas así lo hacían suponer.

—Ella llegó a nosotros gracias a una prima que conocía de nuestra Iglesia. La trajo un lunes por la mañana y esa mujer, apenas la empezamos a orar, empezó a sangrar por la nariz. Mija, no solo eso... a medida que avanzábamos con la oración para liberarla, botaba chorros de sangre por boca y nariz. La iglesia se empezó a llenar de moscas. ¡A esa mujer la querían matar! Le echaron corazón de pollo, lleno de porquerías para volverla loca y para que ella misma se suicidara. Dios me reveló todo esto mientras la oraba, es una bendición de Dios que ella siga viva... pero ella continua con vida porque Dios le tiene un propósito —expresó la pastora Geny.

Luego, Gina nos cuenta cómo se sintió debido a ese proceso, por el cual jamás pensó que pasaría:

—Eylen, sin mentirle, yo me sentía de la peor forma, mi esposo me engañó y me echó de la casa para meter a su nueva mujer. No le importó nuestro hogar ni nuestros hijos, él me sacó de mi casa apartándome de todos, de él y mis dos hijos, sin importarle mis sentimientos o si yo tenía un lugar a dónde ir o no.

» Mi suegra siempre me tuvo rabia, nunca gustó de mí. La gente me decía que me cuidara de ella, pues era una bruja y en cualquier momento me podría hacer daño. Yo no les creí. Jamás pensé que un ser humano se atreviera a tanto, a parte soy la mamá de sus nietos; pero ¡qué va!, no le importó nada de eso. Un día me dio de comer sopa de pollo y yo, inocentemente, me la tomé, desde ahí empecé a tener problemas con mi esposo, su hijo, y luego pasó lo que pasó, me engañó y me dejó. »

» Cuando yo me fui de mi casa, empecé a tener pensamientos suicidas, me sentía desesperada, sola... es algo indescriptible. No cometí una locura porque una prima me recibió en su casa y me dijo que me iba a llevar dónde unos pastores para que me oraran, y que con la ayuda de Dios yo saldría adelante. Cuando fuimos donde los pastores me recibieron muy bien y, gracias a sus oraciones, me sacaron toda la porquería que mi suegra me había echado... y estoy segura de que fue ella, porque recuerdo que todos mis problemas empezaron el día que me tomé la sopa de pollo que me dio —dijo Gina.

Lo anterior es sólo es un poco de la variedad de casos que se han presentado en la vida de los pastores. Su iglesia y su fundación cumplen muy bien su propósito: obran para el señor, alaban su palabra y ayudan a quienes lo necesitan, sin importar su estrato social, cultural o color de piel. ◦

El Sinú: lugar de gente mítica

Por Juliana Royo Malluk



Es una persona real, casi mitológica. Vive en el Sinú Medio, en uno de esos pueblos olvidados: pocas casas, calles angostas y de tierra, con el monte alto por los costados, palos de mango, guayaba agria, tamarindo y algunas palmeras. Su casa es como cualquier otra del lugar: al entrar te recibe un palo de mango, tiene una terraza en obra negra, como de metro y medio, la casa pintada con el color más antipático, amarillo, pequeña y con olor a ladrillo, fresco y tierra.

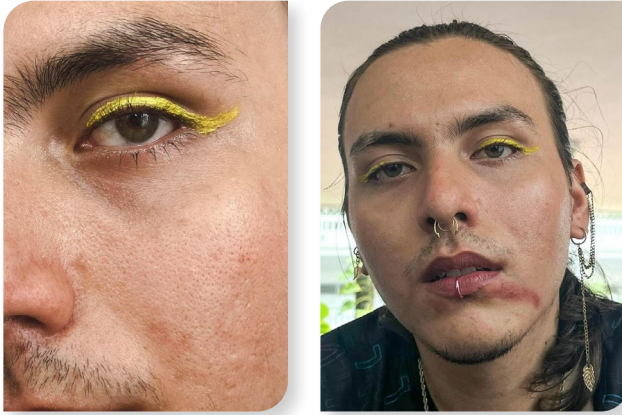
Él parece un zorro: pequeño, vivaracho, con ojos chinitos y desconfianza zenú, única. Al preguntarle por sus hazañas, por su vida, cuenta que es recogedor de algodón y amansador de caballos... ¡Al fin llega uno de los famosos cuentos de Alberto Chambeta! Por lo que entendí, entre más cerca del río Sinú estés, más bravo eres por la cercanía con este, por eso los de Rabolargo le tienen miedo a los coroceros, estos a los guameros y estos a los carolineros. Puros tipos peleoneros son los criados aquí, sobre todo los Sánchez, los Petro y los Ortiz. Fandango que llegaba, fandango que desbarataban, eso era a trompa' limpia, pero nada como "El Chambeta".

Dicen que toma agua de lechuza para no dormir en la noche, por si lo cogían mal parqueado, siempre atento porque eso sí, enemigos sí que tiene. A más de uno le robó la novia y la pareja de baile, porque tiene dulcecito con las mujeres a pesar de lo violento. A una fiesta de Rabo-largo llegó con una camisa a cuadros rojos, con rayas azules y blancas tirando a beige, arrugada y descosida por partes, con un sombrero vueltiao curtido y, por alguna extraña razón, el pantalón blanco que tenía se veía limpiecito, a diferencia del resto de sus prendas, sin nada en sus pies más que polvo.

Se paseó por toda la fiesta entre las mesas, todo el mundo se apartaba sin quejarse, cuando se sentó en una mesa, sacó una gran “chambeta”, del largo de una bolsa de espagueti y la enterró en ella, enseguida el cantinero le llevó una botella de ron, una jarra con agua y bastante hielo, el fandango aun no comenzaba. Con una mano cogió la jarra y la vació en la cabeza del primer hombre que estaba a su lado y con la otra se tomó la botella de un solo buche, de inmediato se paró y se llevó a la mujer que estaba con el que le tiró la jarra, nadie dijo nada, ni la mujer, ni el que estaba todo mojado. Siendo sinceros, ¿qué más podía hacer aparte de agradecerle a Dios porque le echaron agua en vez de ganarse una apuñalada? —

El arte de ser yo

Por Karen Sofía Mejía Villadiego



El ciclo de la vida de los seres humanos es una secuencia interesante que se encuentra alejada de la condición de los animales. El humano, en la búsqueda de la identidad y el sentido de la existencia, se expone a miles de situaciones para adquirir un estado de bienestar, conformidad y tranquilidad. El cuerpo y la mente, conectados, nos permiten ser conscientes de cada una de las emociones que vivimos diariamente y el entorno nos va construyendo como un famoso set de legos. Los primeros años de vida, un niño es un lienzo en blanco que se llena de colores y formas, torpes líneas que serán cruciales para el resto de la obra. Obra que será manchada, arrugada y ultrajada por “la vida”, pero que le da al ser, la belleza de la existencia.

La obra: ella

La curvatura de su nariz, alta y delgada, como los Andes; ojos verdes y grandes, como un personaje creado por Walt Disney; cejas pobladas, como el Amazonas; y cabellos como hilos de oro que muestra al mundo con vanagloria. Estos son los rasgos que destacan a Mikhaila Malikov, un lienzo femenino que lleva pintando su obra maestra durante 21 años.

Primera pincelada: infancia

Nació con un pene entre sus piernas, en su registro civil marcaba la ‘M’, en clara referencia al sexo masculino, en el que fue criada como tal, y nombrada con un nombre masculino (el cual omitiremos con el fin de proteger su identidad). Su niñez fue “pesada”.

Nace en un lugar conservador rodeada de juguetes masculinos, ropa de hombre y la figura de un padrastro al que ella misma denomina como “su padre”; pese a esto nunca se identificó con la palabra hombre, la cual nunca la definió en ningún aspecto de su vida. Sus genitales eran lo único que la ataba a esa definición. Desde las primeras etapas, Mik experimentó una serie de eventos que confundieron su inocencia, pues sus maneras “afeminadas” y el deseo de travestirse pusieron en duda su identidad.

El gusto por la ropa femenina marcó situaciones puntuales en su vida. Mik narra —entre risas, movimientos suaves de sus blancas y delicadas manos e, incluso, cuidando el pudor— el recuerdo vivo de sus nueve o diez años cuando se encontraba parado frente a un espejo de cuerpo completo ubicado en el baño de su casa. En el instante detalla el cuerpo de un infante igual a él situado frente a una imagen en total desnudez, un niño con un miembro entre las piernas que resaltaba en el reflejo. Momento seguido, toma el miembro y lo introduce entre sus piernas simulando una vagina. “Absalón”, como nos permitimos llamar a Mik antes de su transición, quería saber cómo se vería con una vagina.

Frente al espejo, quería ser niña. En sus palabras, relata que es difícil explicar el sentimiento del momento, para ella, genera morbo, curiosidad e, incluso, excitación en el cuerpo y la mente de un párvulo que provenía de la euforia y no de del placer sexual. En otro instante de su vida, similar al anterior y alrededor de la misma edad, es cuando toma una tanga de su madre, una tanga fucsia fluorescente, punto blanco de hilo, aproximadamente de dos milímetros de ancho en los costados y una pequeña franela en la parte delantera. Mik la viste como calzones y acomoda sus genitales de forma en que simule una vagina lo mejor posible. Se mira en el espejo, se siente sorprendente, hermosa, sexy. Se siente bien.

En toda la serie de eventos, y durante la etapa escolar, hay una palabra que marca la vida de Mikhaila Malikov. Esta es la palabra ‘marica’. Para sus compañeros de clase, Absalón es un MARICA, en mayúsculas, sin importarle cuán brillante o carismático podía llegar a ser, para todos, solo era un marica.

Karen Mejía: Mik, ¿sigues siendo una mariquita ahora?

Con las venas de los ojos irritadas ante la pregunta, el recuerdo de la época y un efecto brillante en sus globos oculares, se quiebra su voz y sus labios se doblan ligeramente, su pecho se encoje y parpadea rápidamente con la esperanza de dejar las lágrimas atrás. Es entonces que abre su boca y sosteniendo las ganas de llorar, pronuncia con gran sentimiento:

—Con orgullo... —se silencia largamente— Con mucho orgullo y eso va también para todos los de mi familia.

Mik cobija sus lágrimas en un abrazo de su pareja, las personas que la acompañan la abrazan y sienten el calor del amor, el apoyo y la amistad que ha cultivado con esfuerzo, valentía y verraquera que caracteriza a la mujer que es.

El *bullying*, el amor adolescente, las personas en su vida, incluido su propio padre, rayan con distintos colores la composición que Absalón trata de plasmar, pero nada de eso detiene a una mujer como Mik y a una persona en la búsqueda de la plenitud.

Las bases de la obra: la familia y la identidad de género

Su padre está en contra de la comunidad LGBTIQ a la cual Mik pertenece, pero calla en casa. En el hogar, Mik es simplemente Absalón y se pasea por los pasillos siendo percibido por todo lo que nunca fue, un hombre. El padre de nuestra protagonista siente repulsión hacia las personas de dicha comunidad, debido a situaciones desencadenadas por sus integrantes en los años 80. Mik, con un leve suspiro que sale de lo profundo de su pecho como respuesta a lo que pasa por su mente, explica que el trauma de su padre y el hecho de

dependen en diferentes factores de él, hacen que se abstenga de contar toda la verdad, de aclarar, que no es y nunca fue Absalón.

Por parte de su madre, le ha llegado a contar sobre su identidad de género, pero ella considera que son cosas que se pasan o que, simplemente, es un capricho más de la juventud de hoy en día; aunque no sea así. Segura de lo que es, Mik enfrenta su realidad diariamente cada que sale y entra de su casa. Toma una calada de su vaper, que contiene nicotina, mira hacia otro lado, tal vez en busca de algo o de alguien, o intentando mantenerse, soportarlo y superarlo todo.

Definiendo la corriente artística: ¿con qué me identifico?

Para definirte no hay un momento sugerido, indicado ni adecuado. Hay que ir al propio ritmo, seguir las intuiciones, leer, investigar y reflexionar.

A lo largo de la historia de Mik, el intervalo de tiempo entre la adolescencia y la adultez fue una etapa en la que, finalmente, entendió por medio de personas, el mundo del internet y los libros, que había algo que la describía, algo que la definía.

Como el viento, las personas viajan y, como el barro rojo, dejan manchas a su paso. Con tranquilidad, Mik recuerda sus aventuras de amores en la escuela, hombres y mujeres que hicieron parte de su vida, personas que tacharon la obra de su vida, mientras que otras le regalaron materiales, motivación y claridad para seguir construyendo.

Tuvo una novia que se identificaba como “bisexual”, una persona que ama sin importar el género. Mik se da cuenta de que es igual a ella y, luego, conoce el género “no binario” —¿qué carajos era eso? — ¿No tenía que cumplir Absalón con el papel de hombre o mujer en la sociedad? Mik no se identificaba, hasta ese momento, con ningún género y sus facciones delicadas ayudaban a dar la sensación de que no necesitaba la etiqueta de hombre o mujer, pero esto, no era cómodo del todo la sensación de inconformidad seguía latente.

Mikhaila Malikov es una mujer. Esa es la definición que le dio sentido a todo y que descubre en su proceso indagación y reflexión. Su

nombre proviene de una caricatura llamada Mik que, en palabras de ella, “es curioso”, porque tiene características similares a las suyas, se siente parecida a ella y se ve representada en ese personaje. En cuanto a su apellido, es propio de la cultura eslava, a la cual le tiene aprecio y fascinación especial desde edad temprana.

En el contexto laboral y académico, Mik tiene un perfil bajo debido a que su transición está orientada a lo social en este momento, pese a esto, ella se siente feliz con lo que ha logrado, tiene planes a futuro con respecto a su transición y quiere seguir extendiéndolo al punto físico, pero sin transformar sus genitales.

Los colores más opacos y los más vivos: el amor propio y lo que quiere proyectar

El amarse es plenitud de existir. La palabra engloba todo lo que el ser humano puede llegar a experimentar y si es que este se llega a amar a sí mismo en medio de un proceso complicado, doloroso, lleno de baches, tachuelas, arcoíris, abundancia, felicidad, tranquilidad y desesperación. Pese a esto, Mik sigue describiéndolo como “plenitud”, un estado de conciencia de sí mismo en el que hay recaídas, en el que no es fácil mantenerse, pero que “vale completamente la pena el comprometerse consigo misma”, porque “se van los sesgos y puedes hacer lo que quieras, con sus debidas consecuencias; pero puedes ser quién eres y quién quieras, bajo la prudencia y la armonía”.

“Una mujer empoderada, bella y hasta sexy” es una gran parte que se aloja dentro de ella; pero también lleva el estigma de la crianza y de la sociedad en la que, si naces con un pene y tienes la voz gruesa, debes ser masculino, un hombre, un macho que debe imponerse. Mik afirma que “el proceso de amarse a sí mismo es traumático, pero necesario; seas trans, cisgénero, agénero, como persona tienes que conocerte y amarte”.

Con tiempo, paciencia y resiliencia derrumba las barreras y se dispone a seguir siendo ella, para continuar viviendo en plenitud. Mikhaila Malikov quiere mostrar al mundo que una mujer trans es capaz de ser psicóloga. Habla con seguridad, certeza y puntualidad sobre lo que quiere transmitir.

“Que esa voz gruesa, que hasta cierto punto me representa, sea la representación de una lucha constante que no es solo contra el mundo, sino contra nosotras mismas al momento de preguntarnos: «¿es esto lo que realmente tengo que ser?» O, realmente, «¿es esto lo que quiero?» Carpe diem, aprovecha, quiere, canta, baila, maquíllate, marcha, grita, ponte vestidos y tacones, SÉ MAMONA. Pero, antes que nada, aprende a amarte. El resto llega solo”.

“Corozal se encuentra a 118 metros sobre el nivel del mar, y a esa altura se encuentra el prestigio de Mosaicos Corozal”: Julio Salgado

Por Karolyn González Salgado



Fotografías, Joel González

Julio Antonio Salgado Benítez creció con un sueño desde niño: tener una fábrica, para sacar a su familia adelante. Es el mayor de 13 hermanos e hijo de un albañil, por lo que le era difícil sostenerse económicamente; pero sus ganas de sacar adelante a su familia fueron más grandes que cualquier dificultad.

Si bien, siempre quiso tener una fábrica no fue hasta que conoció a Dios que empezó a materializar este anhelo. Al principio, Julio comenzó trabajando en varias ciudades (Barranquilla, Santa Marta, Cartagena y Montería), haciendo baldosas. En todo este recorrido aprendió a hacerlas. Conoció mentores que le enseñaron el arte baldosero, como Luis Hernández, Sincelejano, que fue quien incitó a Julio a sumergirse en este arte.

En 1968, Luis se encargó de recibir a Julio, de 18 años, en su hogar. Fue en ese momento que Julio aprendió cómo hacer baldosas, aprendió el paso a paso. Según Julio, “inicialmente, se echa el cemento en una caja de metal, que es un instrumento esencial para esta práctica; seguidamente se coloca un molde junto con la figura que se realizará encima de la caja y, delicadamente, se aplica el color en cada parte del molde; luego se retira el molde y se aplica en toda la baldosa el brasage, que es arenilla mezclada con cemento seco, junto con el gordo, que es arena con cemento y arenilla húmeda. Seguidamente, le pasan una vitola para que su grosor quede parejo, le ponen un tapón de metal y la meten en la prensa que es un volante manual, allí le dan tres golpes a la baldosa, la sacan, la limpian y, por último, la extienden en un vidrio para que su figura no se corra y mucho menos sus colores”.

Todo este proceso que, si bien no es muy complejo, sí tiene mucho cuidado, enamoró a Julio e hizo que sus ganas de tener una fábrica crecieran día con día. Su fe y empeño eran más grandes, aunque no tenía nada concreto hasta el momento, promocionaba su fábrica con una propaganda muy inusual: “Corozal se encuentra a 118 metros sobre el nivel del mar, y a esa altura se encuentra el prestigio de Mosaicos Corozal”. Su familia, que era el motivo esencial de esta meta no les prestaba atención a las ideas de Julio y menos a esta propaganda.

A finales del año 70, Julio se encontraba en la ciudad de Montería trabajando con unos muchachos que hacían materas, y fue cuando vio su oportunidad: cuando todos dormían, hizo sus propios moldes y sin que nadie se diera cuenta, se los llevó para Corozal. Los primeros tenían forma de copa. Al regresar a su pueblo natal, muy entusiasmado le propuso a sus hermanos empezar a hacer materas, para tener una mejor calidad de vida, pero ninguno lo tomó en serio, excepto su papá.

Después de 15 días, Julio Salgado Canchila, papá de Julio, llegó a su casa con un bulto de cemento para aprender de su hijo y poder hacer materas. Desde ese día, se metieron de lleno en la tarea de aprender a realizar materas que realmente valieran la pena. Después de esto empezaron a recorrer pueblos cercanos, casa por casa, para ofrecer sus productos, que no tardaron en venderse, pues eran de muy buena calidad, hechos en el hogar de una familia y con mucho amor. Con el tiempo, sus hermanos, al ver que el negocio estaba prosperando, se sumaron al trabajo. Pero el sueño de Julio no acababa ahí, día a día entregaba su anhelo más bonito a Dios, pues estaba confiado de que solo en él podía llegar a fabricar baldosas.

Un día cualquiera, vendiendo materas en Sampués, Julio vio un volante (una maquina manual, útil para el proceso de la realización de las baldosas). Así que, con todos sus ahorros y con ayuda de un socio cachaco pudo comprar su primera herramienta para Mosaicos Corozal. En aquel tiempo el dinero valía mucho más, por lo que solo con 6000 pesos adquirieron el volante. Un gran inicio sin duda alguna, aunque no tuvo en cuenta algo: ¿con qué otros materiales iban a trabajar?, sobre todo cuando sus ahorros ya se habían agotado.

En 1971, Julio se dispuso a conseguir el dinero para los implementos de sus primeras baldosas, así que empezó a dirigirse todos los días al Banco Caja Agraria. Según Julio no fue nada fácil, pues no tenía fiador ni era conocido.

—Para los préstamos en la Caja me costó mucho, me enfermé por ir sofocado, pues entraba al aire acondicionado así... eso me produjo gripa y una fiebrona; pero conseguí que, inicialmente, me prestaran 25.000 pesos. Fue luchado, muy luchado... Después de eso me hice cliente de la Caja Agraria y me llegaron a ofrecer hasta 6 préstamos juntos.

Con todo lo necesario para comenzar a trabajar, Julio junto con Luis Hernández, Francisco Baleta, Luis Miguel Herazo, Carlos Herazo, Luis Enrique Mendoza, German Rodríguez y Néstor Rodríguez se pusieron manos a la obra, pero, al no ser conocidos les fue difícil vender sus productos por un año. Necesitaban hacer algo para no quedarse estancados, por lo que comenzaron a promocionar su negocio en la

radio y con dicha propaganda lograron que sus baldosas fueran llamativas. De esta forma, poco a poco, Mosaicos Corozal alcanzó un reconocimiento, que a su vez le permitió obtener clientes, prestigio y a ganar auge en la región.

En 1973, Gilberto Mercado, vecino de Julio, le propuso venderle un lote que él tenía para que pudiera salir de la casa de sus papás. Julio recuerda que fue un regalo que Gilberto le hizo, pues le cobro 1000 pesos por cada metro y era un lote de 35 x 35.

—Él me dijo esto: “te lo voy a dar en 35.000 pesos”, o sea, a 1000 pesos el metro. Me dijo: “esto es un regalo que te voy a hacer, pero quiero que el día que tu oigas que Gilberto Mercado se murió, vayas a la funeraria y me compres la mejor caja que haya allí, ese es el regalo que yo quiero de ti”. Total, el día que se murió, inmediatamente yo llamé a un hijo de él, mandé a buscar la mejor caja que había y se la entregué, así cumplí con el pacto que había hecho con Gilberto.

De esta forma Julio Salgado obtuvo el lote donde siguió con su fábrica, vendiendo de 200 a 500 metros al mes, entregando baldosas a Magangué, el Carmen de Bolívar, entre otros lugares. El buen nombre de Mosaicos Corozal y la voluntad de Dios permitieron que la fábrica obtuviera importancia en la región, tanto en la venta de baldosas como en todo lo relacionado con la venta de materiales de construcción, tales como: arena, tubos, calados, anillos, bloques, bebederos, entre otros.

En 1990, Mosaicos Corozal llegó a tener más de 35 trabajadores, gracias a un contrato que el Municipio le otorgó para fabricar toda la tubería del alcantarillado de Corozal. Fue un contrato que se mantuvo por años; sin embargo, en 1998, justo en su mejor momento surge una competencia directa para el mercado baldosero: la cerámica. Julio nunca se imaginó que la baldosa sería remplazada, más aún cuando sus ventas se encontraban en crecimiento; pero su popularidad no fue suficiente para mantenerse a flote, pues sus ventas se fueron a pique por 2 o 3 años.

Resurgir no fue nada sencillo, pero la baldosa tenía una ventaja que casi nadie había observado: era más gruesa, por lo que no se partía con facilidad. Esta fue una estrategia de venta que la fábrica utilizó para volver a posicionarse en el mercado, además, empezó a realizar muestras destinadas a los clientes que anteriormente tenía, para poder acercarse nuevamente a ellos.

—Yo empecé a hacer muestras y, como ya tenía cierta clientela, comencé a venderles otra vez a ellos, y una de las estrategias que usamos fue que la baldosa era más gruesa que la cerámica, porque la cerámica se partía mucho. Gracias a Dios ahora la cerámica está muy cara y la gente está volviendo nuevamente a la baldosa.

Llegar a Mosaicos Corozal no es nada complicado, pues se encuentra en toda la troncal, cerca de los pasteles Olga Piña y diagonal al famoso taller de Juyí, en el barrio Bruselas. Al entrar lo primero que se nota es un ambiente acogedor, pues la familia Salgado Hernández recibe a los visitantes con amabilidad, al igual que Yerneis Salgado, Ferney Salgado, Deivis Salgado y Jaime Gómez, actuales trabajadores de la fábrica.

47 años después, el sueño de tener una mejor calidad de vida para su familia se ve reflejado en el arduo camino que Julio ha recorrido para llegar hasta donde está hoy. Actualmente, Mosaicos ha extendido sus ventas por muchas partes: Antioquia, Atlántico, Bolívar, Sucre, Magdalena, Cali, Cundinamarca, entre otros.

—Mosaicos Corozal nació del empeño, del esfuerzo que hice por conseguir y tener la fábrica. Le doy gracias a Dios por esa iniciativa propia de querer hacer baldosas y de querer sacar a mi familia adelante, porque fue así como hice la fábrica. Ahora sí puedo decir que mi sueño es una realidad y que se cumplió lo que yo decía: “Corozal se encuentra a 118 metros sobre el nivel del mar, y a esa altura se encuentra el prestigio de Mosaicos Corozal” —expresa, satisfecho, Julio Salgado. ◦

El diario vivir de un vendedor informal

Por Katerine Pinedo Fuentes



Esta es la sorprendente historia de vida de Mérida Fuentes y Carlos Yeneris quienes han sobrevivido con sus trabajos informales.

Los vendedores informales o ambulantes —como se les denomina a las personas que se dedican al comercio de bienes o servicios en el espacio público— han tenido que optar por su labor como medio básico de subsistencia debido a las altas tasas de desempleo que, en Colombia, según el último informe, fue del 12.6 %. Estas personas se ven, pues, en la necesidad de salir de sus hogares, sin la certeza de lograr el sustento diario.

Carlos Yeneris, oriundo del municipio de Ciénaga de Oro, a 55 años trabajaba en una empresa de la región hace 11 años, pero quedó desempleado por un recorte de personal. Sin saber qué hacer, se le ocurrió abrir un puesto de jugos en la esquina del mercado principal, con poca certeza y muchas expectativas de que su situación económica mejorara. Aun sabiendo que quizá no iba a ser fácil en sus inicios generar tantos ingresos como necesitaba, con perseverancia, creyó que lo lograría.

Todos los días desde las 4 a.m., Carlos Yeneris, en compañía de su esposa, se levanta a preparar las bebidas para la venta de su tradicional juguito de corozo y el jugo de naranja. A las 5:30 a.m., con sus tanques llenos de jugos, emprenden el camino al mercado, llevándolos en su vieja carreta, sorteando todas las situaciones que se les presenten: quizá por compradores irrespetuosos, el clima en días calurosos o lluviosos; los llamados de atención por parte de la policía al ocupar el espacio público, entre otros. Siempre, con actitud positiva, ya que lo más trágico que pueda suceder es que no venda nada y como dice él, “así sea poco, todo peso cuenta”.

El 10 de noviembre de 2011, “después de tres meses de estar en mi casa sin trabajo, con una preocupación impresionante por no saber qué hacer para cubrir las deudas de mi hogar, con tres hijos a los cuales debía mantener, se me ocurrió la idea de montar una venta de jugos, algo que todos consumen y es agradable al paladar de cualquier persona del común. La verdad yo al principio hasta pensé en desistir del negocio y dedicarme a otra cosa, pero uno con el tiempo se da cuenta de que, al perseverar, después se muestran los frutos. Hoy en día le doy gracias a Dios, porque todo lo que hago lo vendo y ya mi horario de trabajo no es tan largo, porque salgo a las 6 a.m. y antes de las 12 del mediodía ya estoy en mi casa, cuando al principio era todo el día, cuando mucho hasta las 5 p.m. para lograr vender todo.

Asimismo, Mérida Fuentes, oriunda de Ciénaga de Oro, con 53 años, lleva 15 años vendiendo empanadas, deditos, papas y carimañolas; sin embargo, desde hace 12 años, su especialidad son los patacones sencillos y rellenos, cuyos precios oscilan entre los \$800 y \$3000 pesos. Mérida abre su puesto a las 4:30 p.m. y, máximo, se queda hasta las 11:30 p.m. atendiendo a sus clientes; con este trabajo sostiene a su familia y ha sacado adelante a sus hijos. “El puestico de fritos lo inicié por la necesidad económica que tenía en ese entonces, ya que mi hijo mayor entraba a la universidad y yo no tenía cómo darle para los pasajes diarios. Llegar a donde estoy hoy, no fue tan fácil”, asegura Mérida para quien el día a día inicia a las 6 a.m. con los quehaceres del hogar, luego con la preparación de los productos para su venta: carnes, huevos, jugos, patacones, etc., y después esperar a que sea la hora de salir a vender.

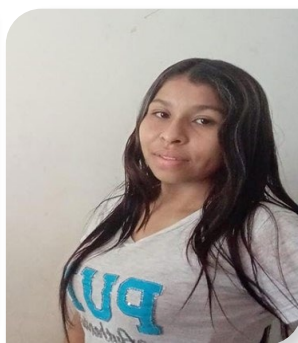
Al inicio de su negocio, Mérida no trabajaba en el lugar en el que hoy en día se encuentra. Trabajaba dos cuadras más arriba, justamente en la esquina de la casa de su mamá, junto a su hermana y su cuñada, donde se turnaban los días. Al pasar el tiempo y viendo que las necesidades aumentaban, Mérida decidió independizarse y abrir otro puesto en su casa; con esfuerzo compró todos los implementos necesarios y logró, así, generar más ingresos y tener una economía más estable.

Este es el diario vivir de algunos vendedores informales que al salir a laborar se echan la bendición, sin saber si tendrán un buen día; aunque siempre con muchas ganas y empuje para no desistir, pues son quienes llevan en sus hombros el sustento del hogar. ◦_____

Es difícil emprender, pero no imposible

Por Luisa Fernanda Varilla Estrella

Toda acción tiene su reacción.



Después de dos años de pandemia, los colombianos esperaban restaurarse económicamente. Todos estaban felices por el aumento del salario mínimo, ¡vaya celebración! Pero dicha felicidad, les duró muy poco (¡y eso que somos el país más feliz del mundo!) por el cuento de la inflación y otros factores económicos que sufrieron movimientos bruscos que afectaron el bolsillo de los cuidados.

Día a día los colombianos buscan subsistir, afrontar y aminorar sus necesidades por medio de sus trabajos, la mayoría de estos informales o mal remunerados, como es el caso de la joven emprendedora Andis Estrella, de 24 años, habitante de la ciudad de Montería y madre de un niño de 3 años. Ella tiene un emprendimiento que inició el 3 de enero del presente año, el cual es un pequeño restaurante en el Mercadito del Sur.

—La primera semana nos fue muy bien, encontrábamos los productos necesarios para preparar las comidas a un buen precio y nos alcanzaba para cubrir los gastos del negocio —explica Andis.

A la semana siguiente se publica un informe en el que se afirma que las ventas y el consumo de comercios pequeños cayeron de manera desmedida, hasta llegar al punto de que algunos productos son considerados un lujo dentro de la canasta familiar.

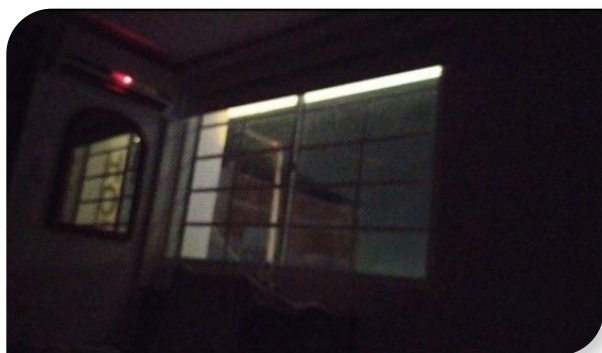
—En nuestra segunda semana en el negocio nos tocó aumentar el costo de nuestros platos, porque los ingredientes aumentaron su precio. Algunos clientes se molestaron, pero “¿quién compra huevos para vender huevos?” ... Hubo días en los que pensamos en cerrar el negocio porque no alcanzábamos a cubrir todos los gastos, pero perseveramos por nuestras familias. Además, encontrar un empleo en estos momentos no es tan fácil.

Para Andis fue complicado surgir en medio de esta difícil situación por la que atraviesa el país, pero, según ella: “gracias a Dios hemos mantenido a flote nuestro negocio. Digo “hemos”, porque el negocio no es solo mío, el negocio fue creado en conjunto con una tía y una prima”.

La emprendedora también afirma que “en Colombia es difícil emprender, pero no imposible. Con esfuerzo, dedicación, constancia y, sobre todo, colocando todo en manos de Dios, se puede lograr todo lo que nos proponemos”.

El baúl de lo paranormal

Por Luz Ángela López Suárez



*Fotografías, Luz Ángela López
y Dickson Borja*

Usualmente, cada día del año suceden acontecimientos y fenómenos inexplicables. Según Dickson Borjas, los vivió desde muy niño. Cuenta que aún lo atormentan aquellos sucesos que lo marcaron de por vida. En ese momento se enteró de toda la maldad que existe en el mundo y tuvo certeza de que los sucesos paranormales sí son reales y de que no son un juego o algún cuento inventado por su abuelo, porque él lo estaba viviendo en carne propia.

Ocurrió una noche. Él y sus primos no tenían conocimiento de lo que estaba pasando a su alrededor: tres días antes, alguien con muy malas intenciones había lanzado brujería a su familia. Mientras ellos jugaban, su abuela muy exaltada y nerviosa los llamó y les dijo que se tenían que ir con ella; sin embargo, no les contó por qué se tenían que ir tan rápido ni hacia dónde iban. Esto fue muy extraño, porque su abuela era una persona tranquila y serena. Según supieron, ella necesitaba saber qué estaba pasando con una de sus nietas y su esposo. Dickson notó que se dirigían a la casa de su prima, lo que le provocó un poco de tranquilidad, pero lo que sus ojos vieron al llegar fue algo de no creer: ¡su prima y su esposo se encontraban poseídos por el diablo! Para él fue muy impactante... era la primera vez que veía una posesión demoniaca.

Antes de salir, Dickson estaba jugando con sus primos, como lo suele hacer un niño de 9 años, acostumbrado a correr libre en una finca... lo que él y sus primos no sabían era que, mientras ellos jugaban afuera, a su tía le tocaron la puerta. Su tía solo escuchaba pasitos y risas de niños pequeños. En ese momento no se alarmó, porque pensó que eran sus sobrinos, pero después de un rato, los toques en la puerta aumentaron y ella se paró a abrir e iba a regañar a sus sobrinos porque ya era tarde y estaban haciendo mucho ruido. Cuando abrió la puerta quedó en *shock*. Su cuerpo se paralizó, el miedo la invadió por completo. No eran sus sobrinos los que estaban ahí, ¡era un montón de cuerpos de bebés muertos! Quizá el karma le jugó una mala pasada, pues ella era partera de mujeres que abortaban. Dickson esa noche no pudo dormir, aún era muy niño para entender esas cosas, o al menos eso era lo que le decían sus mayores.

Así como él y su familia han sido marcados por “entes espirituales malvados”, a muchas familias también les ha tocado vivir este tipo de situaciones. Aunque, a la hora de la verdad, estas cosas suelen suceder todos los días y son más comunes de lo que se piensa. Dickson y su familia han podido sobrellevar estas experiencias buscando a un ser divino que les ofrezca seguridad. Por eso, dicen que lo único positivo de todo esto fue haber conocido a Dios dejando que obrara en ellos, que ya notan un cambio realmente bueno. Sin embargo, aún siguen con secuelas de lo que vivieron. ◦

Los palcos engalanados se fueron al suelo...

Por María Carolina Sierra Bertel



Sincelejo, flor de sabanas, donde se prepara el mejor sancocho y el atardecer se asoma con todo su esplendor, donde las personas contagian con su alegría y las mujeres lucen más hermosas, donde se celebran las fiestas más alegres de Colombia, las del 20 de enero, con sus memorables corralejas.

Antes, apenas llegaba enero, sus habitantes y personas de la región se alistaban con sus ponchos, sombreros vueltiaos, alpargatas, velas y faldas, para ir a los inolvidables palcos engalanados en los que se encontraban ganaderos importantes, como Arturo Cumplido Sierra, Arturo García entre otros distinguidos, que disfrutaban de estas corridas de toros con gritos, aplausos, brindis de ron y cerveza, y también apostando por el mejor y más fino toro, como el toro balai de Arturo Cumplido.

Siempre que se terminaban estas fechas, las personas anhelaban que el año culminara rápido, para poder estar nuevamente arriba de los palcos y gritar con voz de trueno y audible wepa-jé, wejee, aaay ombe, que viva el 20 de enero y sus corralejas.

La mañana del 20 de enero de 1980, el cielo en Sincelejo amaneció cargado de nubes oscuras. En medio de este ambiente siniestro y fiestero se encontraba Enith Del Socorro Tous Vitola haciendo almuerzo, bañando a sus dos hijos y alistándose, con su esposo Fernando, para estar allá, a más tardar a la 1:30 p.m. Pasa una hora y Enith se dirige con su familia a la plaza Hermógenes Cumplido, en el barrio Mochila, ya que, ella también vivía en esa misma zona en una casa grande y acogedora, para recibir a cualquier persona que llegara con una buena taza de café.

Enith llega con su familia al sitio donde se encontraban personas muy alegres. Había filas para ingresar; el uno se empujaba con el otro, hasta que por fin todos pudieron entrar. Adentro, todos los palcos estaban repletos, la gente gritaba de emoción para que el toro saliera rápido, otros tomaban ron, mojaban a las personas con agua, y todo eso se disfrutaba porque era una vez al año que se vivía la experiencia.

A eso de las 4 p.m. se fue oscureciendo el cielo cada vez más y más. Una nube negra tapó por completo el sol y empezaron a caer gotas de lluvias con una fuerte brisa que mojaba los palcos. Entonces Enith, y todas las personas que estaban en el mismo palco, decidieron refugiarse en otro lado, para que el agua y la brisa no los mojara.

Pasaron cerca de 20 minutos. Enith miró hacia atrás y ve que los palcos se empiezan a derrumbar hacia su izquierda. La gente comenzó a gritar: “¡aaay, se cayeron los palcos. ¡Dios mío!” Enith y su esposo Fernando también gritaban con mucho desespero y angustia: “¡aaay, Dios mío!”. Enith escucha cuando su esposo dice: “ay, mis hijos”, y toma a su hija y la mete por entre sus piernas y luego carga al niño... Enith estaba junto a ellos y también tomó a la niña de las manos, cuando de repente el palco en el que ellos se encontraban se desplomó.

Ella solo recuerda que cayó acostada, que su niña quedó al lado de ella, dentro de muchas latas de zinc, que podía percibir el olor a sangre y un ambiente de mucha turbulencia y gritos desesperados a su alrededor. Enith alcanzó a ver a su esposo buscando por encima de los palos y las latas con mucho desespero; pero como no escuchaba nada, Enith se empezó asustar y a gritar. Al cabo de un momento, ella ve cuando Fernando viene con el niño herido, golpeado y derramando

sangre por la nariz. Él la miró con tristeza, como queriendo decirle: “ya tengo al niño, tengo que salvarlo, solo espero regresar por ti y mi hija”. Fernando siguió su camino.

Al cabo de 10 minutos, Enith observa cuando unos muchachos empiezan a levantar los palos que aprisionaba todo su cuerpo y la liberan de la madera que la cubría. Los muchachos le ayudaron a sacar a la niña y la cargaron, ella no sabe de dónde sacó fuerzas para llegar a su casa con su hija, porque tenía mucho dolor.

Luego, sus familiares la llevaron al Hospital Regional de Sucre, para que le realizaran exámenes médicos, en los que le encontraron una fractura de columna cervical, del lado derecho; le inmovilizaron el cuello, colocándole un collarín cervical. Dicho accidente la dejó un poco afectada, pero eso no es impedimento para desarrollar sus actividades, al contrario, Enith siempre ha permanecido con una sonrisa, llena de vigor. No sabe decir que no, a todo el que ella pueda ayudar le ayudara hasta que Dios la mantenga con vida en esta tierra.

Enith Tous vive agradecida con Dios, porque fue un milagro quedar viva después de ese tremendo accidente que dejó a más 500 personas muertas. Enith no está de acuerdo con que esas corridas se sigan desarrollando, pues lo único que dejan es destrucción y mucho maltrato animal. Y como Enith siente que no es nadie para pelear esa guerra, hoy en día, no se asoma a mirar las corralejas. ◦

“Si no tienes palanca política o relaciones similares es imposible conseguir trabajo de la noche a la mañana”: Leonis Díaz

Por María José Petro Díaz



Enero, 2007. Leonis tenía 32 años, dos hijas de 4 y 6 años —para ella, las niñas más lindas y con una gran educación, se atreve a calificarlas como unos angelitos y se le nota su gran amor por ellas al ver sus ojos iluminarse como dos luceros—, sin dejar de lado a su esposo, un hombre trabajador, muy responsable con su familia. Ambos tienen un pequeño y acogedor hogar en el barrio Sucre. Leonis tenía una situación un poco pesada, pero junto a su pareja lograba saciar todas las necesidades de su hogar.

Para ganarse la vida, madrugaba todos los días y dejaba a sus hijas listas para el colegio. Luego, se iba a trabajar en su puesto de verduras en la calle 37 con 1, un espacio construido con estanterías de tabla y cajas, un techo improvisado de zinc y un piso de tablas casi partidas. Como ese había varios puestos, muchos eran de comida, otros de verduras, entre los cuales no podía faltar el de venta de pescados. Ese conjunto de negocios era el mercado de la ciudad.

Ese mismo año, la familia del esposo de Leonis llegó a vivir con ellos. Su suegro, un señor que comprendía muy bien la situación —para ella un señor muy correcto, y sabio, por lo que llevaban una gran relación—, a diferencia de su suegra, una señora con temperamento muy fuerte y actitudes machistas por las que tuvieron muchos problemas; y su cuñado, un tipo sinvergonzón que, a diferencia de su hermano, era muy irresponsable con sus obligaciones y reafirmaba esa falta de compromiso con su madre que le acolitaba sus actos.

Leonis inicia la mejor época de su vida, su paso por la universidad, y se arriesga a decir que este fue uno de los hechos más importante, sin menospreciar la llegada de sus dos hijas y la conformación de su hogar. Se notó, en toda la sala de su casa, el estallido de felicidad al hablar de su paso por la universidad, a causa de la gran sonrisa que va de oreja a oreja al recordarlo.

Su paso por la universidad fue maravilloso, una experiencia única que nunca olvidará, aunque al principio no fue como ella pensaba, ya que soñaba con estudiar medicina, y al contar esto su mirada de pena hablaba más que sus palabras: reflejaba lo feliz que hubiera sido de haber podido graduarse como médica; pero la situación económica de ese momento no le permitió hacerlo, así que estudió contaduría. En esa carrera encontró personas con las que se relacionó muy bien y que, actualmente, son su pequeño círculo de amistad: personas con distintas actitudes, formas de pensar, clases sociales y de cada una de ellas ha aprendido algo que le ha servido para su vida diaria. Entre ese sinfín de cosas, el arte de ser sociable y de ayudar a las demás personas, sin esperar nada a cambio.

Fueron 4 años en los que vivió un carrusel de emociones, entre distribuir el tiempo para el hogar, el trabajo y el estudio. Después de

estos 4 años de gran aprendizaje finalizó su carrera y Leonis comenzó a buscar un trabajo mejor; pero no sabía lo que se le esperaba cuesta arriba. Llevaba hojas de vidas a todas las empresas y leía el periódico todas las mañanas para ver los anuncios de empleo, ya que ahí salían buenos trabajos.

Pero lo que Leonis no esperaba era el rechazo que tendría por la edad, pues, en ese tiempo el rango de edad para poder entrar a trabajar era entre 18-28 años y ella ya había pasado por ahí. Además, no tenía ninguna experiencia en esa profesión, ya que era lo que estaba buscando y se la negaban; a diferencia de sus compañeros que consiguieron empleo muy rápido por sus edades, las relaciones que tenían o por las empresas que ya habían formado, mientras que Leonis se rascaba la cabeza con una mano y ponía cara de decepción, la cual demostraba la preocupación que esto le había causado en su momento.

Desafortunadamente, en nuestro país si no se tiene una palanca política o relaciones similares o, como se dice coloquialmente, si no se muestra la pierna, se coquetea o se tiene un buen cuerpo es imposible conseguir trabajo de la noche a la mañana. Leonis cuenta cómo en muchos trabajos a los que envió la hoja de vida y fue a las entrevistas, la dejaban de lado por no tener experiencia o alguna relación de conveniencia; cuenta que tenía que esperar días para que le dijeran que no había sido escogida, porque la sobrina de algún político reconocido se postuló y la aceptaron de inmediato, o que un contador con las mismas características de ella consiguió el trabajo por conocer a “tal socio, de tal parte”.

Como no conseguía trabajo, Leonis se dedicó al trabajo no remunerado, su hogar. La crianza de sus hijas era importante para ella, así que destinó su tiempo para cuidarlas y mantener su hogar, pero en su cabeza circundaba un océano de pensamientos recriminatorios y, algunas veces, un poco crueles hacia ella por no haber conseguido un trabajo. Se sentía incompleta porque ya no tenía sus propios ingresos, no podía aportar nada a la familia y no le gustaba que toda la responsabilidad económica recayera solo en su esposo.

A principios de 2015, se dio la casualidad de que, en el municipio de San Pelayo, ubicado en el bajo Sinú del departamento de Córdoba,

había elecciones para elegir un nuevo alcalde y uno de los postulados era conocido: José Jaime Pareja Alemán, un gran amigo de la familia y un gran aliado de su suegro en temas de política, una de las cuestiones que lo llenaban de felicidad y orgullo.

A finales de ese año, en el mes de octubre, fueron las elecciones y este gran amigo de la familia ganó. Así fue como Leonis al fin pudo obtener una oportunidad laboral y trabajar al lado de J.J., como le dice por cariño. Leonis reafirmó lo que había dicho al principio: las relaciones sociales siempre priman ante todo y más en un país en el que no hay tanta oportunidad de trabajo, a menos que las personas decidan realizar sus propios emprendimientos.

Para Leonis, ese año fue el punto de partida para empezar a laborar y crear nuevos proyectos. Fue una gran experiencia para ella estar en un ambiente al que no estaba acostumbrada y en el que adquirió mucha experiencia y relaciones laborales, tanto así que le sirvió para comenzar un nuevo proyecto e independizarse con su firma de contaduría, en la que realiza asesorías contables, documentos financieros y todo lo relacionado con las asesorías financieras. Actualmente, Leonis sigue trabajando de manera independiente con su firma, ha consolidado grandes relaciones laborales y posee ya una gran destreza en temas contables. Todo lo cual le reafirma que las relaciones sociales son muy importantes en esta sociedad corrupta que se deja llevar más por los lazos, acuerdos, favores o relaciones, que por el estudio o la experiencia que la persona tenga en temas laborales. ◦_____

Las emociones también se contagian

Por María Paula Peña Agresoth



El aislamiento preventivo ocasionado por el covid-19 potenció varios problemas preexistentes en las relaciones interpersonales y generó otros que, por el poco tiempo que las personas pasaron juntas, no se habían presentado.

El mismo fenómeno se presentó en las familias cuyos integrantes tenían espacios de individualidad, como el trabajo, la universidad, el colegio o el tiempo libre con amigos fuera de la casa, que debido al confinamiento les estuvieron vedados.

Las parejas y familias se encontraron de un momento a otro confinadas en el interior de sus casas, por lo que, las antes pequeñas diferencias que generaban conflictos leves o moderados se tornaron, en algunos casos, insostenibles. Sobre todo, por la incertidumbre que invadió todos los ámbitos de la vida: lo económico, lo laboral, lo social, etc.

Maryorik vivía con su esposo, sus dos hijos y su sobrina, en una casa que afortunadamente es amplia, ya que posee una terraza a la que salen a tomar aire para no sentirse tan encerrados, un garaje donde juega su niño menor, tres habitaciones (una destinada a los huéspedes, otra como dormitorio matrimonial y una última como dormitorio de sus dos hijos y su sobrina). En general, ella consideró su experiencia de encierro con su familia como positiva, ya que sus relaciones mejoraron en comparación con los años anteriores a la pandemia en los que no pasaban mucho tiempo integrándose entre sí, porque estaba muy ocupada en los afanes del día a día.

De todas formas, aunque este tiempo fue de provecho para acercarse a su familia, por su cabeza rondaba cierta preocupación. Maryorik dice que su frustración fue no poder ver a sus padres y al resto de su familia, pues pasaban los días y era incierto cuándo todo volvería a ser como antes.

En el confinamiento, las familias compartieron espacios por mucho tiempo y, en ellos, expusieron sus estados de ánimo. Adultos y jóvenes se encontraron contagiados de las emociones que retumbaban en las casas, en las paredes compartidas. No hubo escapatoria: o calman, juntos, sus malestares para que una corriente saludable llegara a todos los miembros de la casa, o el hogar se convertía en una espiral de crispación ascendente. En aquellos días, las conductas grupales y las conexiones en red se convirtieron en algo esencial, ya que proporcionaron información visual y sonora, lo cual permitió que las personas se sintieran a salvo... a salvo en la conexión.

Johnny vive con Yira, su esposa, en un apartamento ubicado en el octavo piso de su conjunto residencial, el cual tiene 3 habitaciones (una para huéspedes, otra para el estudio de grabación y una más para el dormitorio de la pareja) y una sala de estar amplia. Por su trabajo, ellos no comparten mucho tiempo juntos, ni siquiera en pandemia. Yira es fisioterapeuta, por lo que en el confinamiento debió salir a ejercer su trabajo, aunque su deseo era quedarse en casa disfrutando de ese tiempo con su esposo; pero por dichas razones no pudo hacerlo. En cambio, Johnny, que es productor musical, pasaba mucho tiempo en casa, trabajando en su estudio. Cuando Yira llegaba, ambos compartían un poco de su tiempo juntos y trataban de mantener la comunicación.

Johnny expresa que el distanciamiento con su familia fue más físico que personal, y que trataba de mantener la relación de sus familiares hablando con ellos cada que vez que se presentaba la oportunidad. Yira, por su parte, expresa que su ritmo de trabajo antes de la pandemia era muy alto, que estaba mucho tiempo fuera de casa y que su esposo pasaba más tiempo en casa; pero al llegar la pandemia, ella tuvo un poco más de tiempo para estar en casa. Sin embargo, las ocupaciones de su esposo eran constantes, así que eran pocos los ratos que estaban juntos. De igual forma, por su trabajo ella seguía saliendo todos los días a trabajar; al comienzo con menos flujo de pacientes, pero después se incrementó el trabajo.

Siempre se puede aprender a manejar emociones tan complejas como el miedo y la falta de seguridad. En ese momento, surgieron muchas iniciativas colectivas que hicieron sentir a las personas como parte de algo mucho más grande que iba más allá de los muros de sus casas. La ventana, conexión del agradecimiento a los que estaban cuidando y luchando, para que salgan adelante los más afectados, ayudó a que se sintieran en grupo, en comunidad. En la colaboración y la ayuda, nos humanizamos y nos sentimos reconfortados como grupo.

Al culminar toda esta situación alarmante para el mundo, esperamos que continúen entre nosotros las conductas de colaboración y cuidado, pues con ellas se suprimen el miedo y los intereses particulares. Debemos recordar siempre lo que hoy, después de la pandemia, nos reconforta: los actos simples y sencillos, el sentirnos parte de un grupo, de una humanidad que es capaz de cuidar, que somos capaces de cuidarnos los unos a los otros y también de cuidar nuestros campos y mares, a nuestro planeta.

Oportunidades de un pedagogo

Por María Fernanda Bohórquez Taboada



17 de abril de 1975, Enrique Bohórquez Hernández recibe un telegrama que solicitaba un físico en la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Córdoba.

“Para ese entonces, los profesores físicos eran escasos aquí en Montería”, por lo que, Enrique ni corto ni perezoso, tomó un bus para llegar a la ciudad de Montería para presentarse en dicha facultad. La institución lo contrató como profesor de física médica. Diez días después Enrique recibe un cheque de 3000 pesos, lo que hoy en día serían 3 millones de pesos, gracias a una política que tenía la Universidad de Córdoba, en cuanto a subsidios a profesores que venían de otras ciudades. “Esa plata era suficiente para pagar mis deudas, yo venía endeudado desde Barranquilla, porque ganaba muy poquito. Le pase a Rosa (su esposa) todo lo que debía para que fuera a barranquilla y pagara todas las deudas que tenía. Aun así, me quedó plata...”

Sin embargo, él no se encontraba del todo satisfecho trabajando en la Facultad de Veterinaria: “casi no me gustó, porque yo era un tipo recién graduado y quería demostrar que sí tenía algo en la cabeza de física y, ahí, en esa facultad, no eran muy exigentes, era como un nivel de bachillerato... entonces, me pasé a la Facultad de Agronomía”.

Después de un mes de estar trabajando en esa facultad, en la que Enrique dice que la matemática ya es un poco más avanzada, exigente y superior a la Facultad de Veterinaria, Enrique quiso ir más allá y se pasó a la Facultad de Matemáticas: “mis ingresos empezaron a aumentar y decidí, con mi esposa, arrendar una casa por Sucre, más amplia para los 2”. Su esposa, Rosa Delmira Tovar, no estaba cómoda con el barrio ni la casa en la que vivían: “las casas tenían 2 baños y dos cuartos, y además de eso teníamos de vecinos unas fufurufas y unos malandros. Rosa tenía miedo, sí, porque se querían llevar por delante a Mérida”. Mérida es su hija menor y para ese entonces tenía 16 años y estaba viviendo la vida loca, influenciada por sus vecinos, según la señora Rosa.

Meses después, la cooperativa, que es el “comité donde se reúnen los administrativos y profesores que administran el billete”, junto con la universidad de Córdoba tomaron la iniciativa de comprar unas hectáreas en La Castellana, un barrio que empezó las construcciones con 30 casas de color blanco en una misma cuadra, y el resto era puro monte. ◦

“Ella no merece estar así”: Jorge Orlando

Por María Margarita Álvarez Martínez



Eran las 11 a.m. del 23 de junio de 2017 cuando Soco, como de cariño la llaman, se dirigió al supermercado en compañía de su hija. En la sección de frutas, mientras su hija jala una bolsa y la abre para llevar cinco manzanas verdes que comería en las mañanas como desayuno. Soco le dice, con voz de angustia, que le dolía el pecho y el brazo derecho. De inmediato, se suben al carro y mientras Soco conducía rumbo a la casa, comienzan a discutir fuertemente, porque ella se negaba a ir donde Oscar Díaz, el doctor de la familia en ese entonces.

Después de dejar a su hija en el negocio de su hijo mayor, un hotel llamado Linda Palma, de color blanco y azul, Soco se dirigió hacia su establecimiento: Los Manguitos, un hotel y restaurante familiar con más de 30 años de tradición, cuyo logo es una imagen del rostro de ella. Soco entró al restaurante y se quitó los tacones marrones que llevaba, para poder ayudarle al personal del restaurante, actuaba como si nada le estuviera pasando.

Pero después del incidente del supermercado, su hija quedó muy pensativa y preocupada con los dolores que agobiaban a su madre, por lo que decidió escribirles a las personas más allegadas, entre ellas a un amigo que estaba en el décimo semestre de medicina en la Universidad del Sinú. Cuando estaban hablando por teléfono, ella le preguntó a qué se debían esos dolores y él, sin pensarlo dos veces, dijo que podría ser un infarto. Al escuchar lo que le dijo su amigo, sus ojos se llenaron de lágrimas que derramaba por cada mejilla con tristeza y dolor.

Mientras las horas pasaban, la noche cayó y la luna estaba brillante. La hija de Soco se subió al carro y condujo muy rápido hacia a la casa de su hermano mayor, Juan José, para decirle que Soco estaba teniendo dolores en el pecho. Los dos fueron en busca de su madre. De camino al negocio, suena el celular de Juan José, era Bony el que llamaba, un trabajador que se ha dedicado por mucho tiempo a las labores de la cocina del hotel llevaba 27 años trabajando ahí y, a pesar de tener que trasladarse varios kilómetros en bicicleta hacia su lugar de trabajo, nunca había dejado de asistir ni un solo día. Se le oía desesperado. Cuando se tranquilizó les manifestó que su mamá estaba muy mal y que llegaran rápido al negocio del restaurante. Al escucharlo, Juan José aumentó la velocidad a 120 km/h; pero desafortunadamente, por más rápido que fueron, no lograron llegar a tiempo, pues su madre ya estaba infartada y sin poder respirar. De ahí, como pudieron, la cargaron hasta la parte trasera del carro para llevarla al hospital del municipio, donde los equipos médicos y el sistema de salud no era bueno.

Pasados 5 minutos en el hospital, la trasladaron en una ambulancia a la ciudad de Montería, al lado iba su esposo tocando su pierna. Él señala que “el traslado de Planeta Rica a Montería fue muy desesperante, porque los médicos y las enfermeras del hospital de Planeta Rica no tuvieron en cuenta de que una paciente en el estado en que estaba doña María Herminia. La tenían que haber intubado antes de mandarla para Montería y no lo hicieron. Luego, para colmo de males, la mandan en una ambulancia sin oxígeno, tanto así que los mismos enfermeros lo decían en la ambulancia”.

Cuando llegaron a la Clínica Amigos de la Salud, en Montería, ella llegó sin signos vitales, por lo que, inmediatamente, la entraron a sala de reanimación y después la trasladaron a la UCI. “A ella la intubaron

en la clínica de Montería, ya llevábamos 13 días a su lado, hasta que el desespero se apoderó de nosotros, por lo menos a mi hija se le estaba cayendo el pelo en abundancia. Sin poder encontrar un alivio para mi esposa, con quién he compartido los momentos más lindos de mi vida, nos pusimos las pilas y buscamos contactos, llamadas telefónicas y una avioneta-ambulancia vino por ella desde Medellín”, manifiesta el esposo de Soco.

En Medellín, fue hospitalizada en la Clínica Las Vegas que es de carácter privado. Allí estuvo tres meses intubada, pasó de nuevo a cuidados intensivos, luego la enviaron a un hogar de paso en el que estuvo con los mejores cuidados, hasta que le quitaron el respirador artificial. Fue, entonces, cuando el doctor Álvaro Maestre, quien estuvo pendiente del caso de María Herminia desde que llegó a la ciudad, se dirigió a darle el dictamen médico a la familia, su hija tenía un escapulario agarrándolo con la mano derecha mientras que con la izquierda apretaba fuertemente la mano de su padre, quien repetía en su mente el padrenuestro. Las palabras del doctor fueron: “la señora María Herminia, de 58 años, tiene una enfermedad cerebrovascular hipoxicoisquémica, con secuelas neurocognoscitivas graves irreversibles, apoyo ventilatorio asistido y dependencia total de su ABC básico, además es portadora de sonda de gastrostomía y vesical permanente”.

Dicho el dictamen médico, Jorge Orlando, quién conoció a Soco cuando ella apenas tenía 17 años, en Yarumal, Antioquia, y llevan casados 45 años, tienen 4 hijos, de los cuales tres son hombres, muy blancos y altos como él, y la mujer, con sus cachetes colorados por el montón de rubor que le gusta aplicarse, como su mamá, es la menor. Jorge Orlando optó por volvérsela a llevar para Planeta Rica, en vista que no lo veían ninguna mejoría. Hasta el sol de hoy Soco tiene dos enfermeras que se turnan para atenderla, una en el día y otra en la noche.

Una noche la hija de Soco se sentó en la hamaca de su casa, había tenido un sueño en el que su madre se había levantado de la cama para darle un beso en la frente. El sueño le despertó una sonrisa de oreja a oreja y, contenta y dichosa, le escribió al doctor Álvaro, confesándole su tan hermoso y esperanzador sueño. Sin más ni menos, el médico la baja de la nube, diciéndole que desde el punto de vista médico-científico y, por los hechos basados en la evidencia, dada la severidad de las lesiones

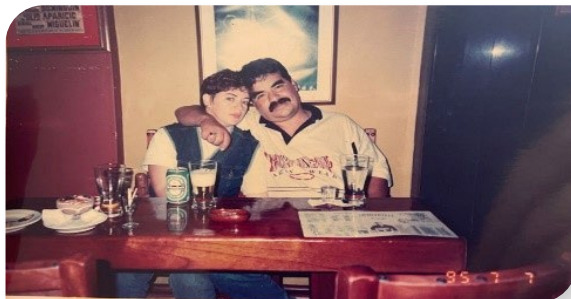
cerebrales ocasionadas y el tiempo de evolución de la enfermedad de su madre, era poco probable la recuperación de las funciones motrices y neurocognitivas de ella, por lo cual las esperanzas de mejoría eran pocas, casi nulas.

Personas importantes y especiales en la vida de Soco, como le dicen de cariño, porque cuando ella nació su mamá biológica murió en el parto, y rápidamente fueron a bautizarla, y la llamaron María Herminia; pero, luego, su padre biológico se la dio a una pareja muy querida en Cedro, corregimiento de Yarumal, ya que ellos no podían tener hijos. Estos la llamaron Socorro, pero hubo muchas equivocaciones y jamás apareció registrada, así que en su cédula aparece María Herminia, pero todos la conocen como Socorro.

Elena Celada, la mejor amiga, además la concuñada de Soco la recuerda, cada día, como una persona de gran corazón. Se conocen desde hace, más o menos, 40 años, cuando era novia de Jorge, muy enamorada ella desde que lo vio por primera vez. Su corazón debió de latir fuertemente, pues él fue el amor de su vida.

Jorge, por su lado dice: “recuerdo algo muy bueno y lindo de ella... y es que cuando estaba contenta —el nombre mío es Jorge Orlando— ella me decía «Orlando» y a mí me gustaba mucho que me dijera así”, dijo con un nudo en la garganta que casi no le dejaba hablar.

También afirma: “la recuerdo muy bien cuando aún estaba sana, inclusive me hace mucha falta, ella era una buena mujer, una buena esposa, era una mujer muy atenta con sus hijos, una mujer muy trabajadora, y no sé por qué a ella le tocó esta situación en la que está... ella no se merece estar así”.



Transformación de un quiosco de palma en institución educativa

Por María de Jesús Guerra Vásquez



La institución se encuentra ubicada en el corregimiento de Rodania, sector rural del municipio de Sahagún. Allí ofrece el servicio educativo en el nivel de educación preescolar, básica y media, en la jornada de la mañana y en cada una de las cuatro sedes que la conforman. Las plantas físicas de dichas sedes están ubicadas en las veredas El Remolino, Calle Nueva, Brisas del Mar y Rodania, donde funciona la sede central.

José Miguel Arrieta Ricardo fue uno de los docentes que laboró en el ciclo de educación básica primaria en el tiempo de sus inicios. Cuenta que, inicialmente en la región, la educación solo era para los hijos de los dueños de las fincas, los cuales se agrupaban y contrataban a un docente para educar a sus hijos. De ahí que los demás padres de familia, preocupados por esta situación, buscaran y lograran conseguir el nombramiento oficial de una maestra, con la cual nace la Escuela Rural Mixta Rodania.

—Profe, y los padres de familia, ¿qué opinaban respecto al lugar en el que sus hijos empezarían a recibir las clases?

—Sí, efectivamente una de las tantas preocupaciones de los lugareños del corregimiento de Rodania era contar con un espacio donde sus hijos pudieran educarse.

—¿Y qué hicieron para solucionarlo?

—Unos 20 padres de familia interesados por el desarrollo de su comunidad se unieron con el propósito de conseguir una escuela pública, ya que algunos dueños de finca venían contratando a docentes para la enseñanza de sus hijos.

—¿Y cuánto aportó cada padre de familia?

—Los 20 padres de familia aportaron \$100 pesos, con los cuales compraron una casa de palma, con paredes de bahareque, que tenía un salón, un dormitorio y una cocina.

—Profe, ¿y en ese tiempo cuántos estudiantes asistían a las clases que usted dictaba?

—Bueno, un número aproximado de 70 estudiantes.

—¿Y qué grados se ofrecieron?

—Los grados 1° y 2°

De esta manera, empezó a funcionar dicha escuela pública a partir del 3 de marzo de 1940, con el nombramiento de la profesora Diocelina Guerrero (q. e. p. d.). Durante varios años funcionó como escuela unitaria, pero después de esta primera profesora, laboraron otros 12 profesores. La última maestra es oriunda de la comunidad de Rodania, quien laboró cuando la escuela funcionaba en la casa de palma.

—¿Y cuánto tiempo laboró esta maestra?

—Durante 44 años y 20 días.

Con el pasar de los años la población estudiantil iba aumentando, lo cual hizo que la casa de palma fuera insuficiente para albergar a todos los estudiantes; por ello, el Ministerio de Educación Nacional construyó dos aulas en el lugar donde estaba la casa de palma.

—Bueno, luego de eso fueron nombrados otros maestros, entre los cuales fui nombrado yo, que también soy oriundo de esta comunidad. En la escuela trabajé por muchos años, hasta alcanzar mi jubilación.

—¿Y a parte de los dos primeros grados, hicieron la forma de poder tener la primaria completa?

—Sí, claro, muchos padres de familia preocupados de que sus hijos terminaran la primaria, y también porque veían la insuficiencia de aulas y de docentes, lograron conseguir un lote de terreno, donado por el señor Ramón Bula Reino, que es donde actualmente se encuentra funcionando la institución. En ese lote fueron construidas cuatro aulas con la ayuda de un auxilio departamental gestionado por la acción comunal de entonces. Con esta nueva infraestructura la escuela quedó dividida en dos bloques separados a una distancia aproximada de 100 m. El bloque 1 estaba conformado por 4 aulas ubicadas en la nueva construcción y el bloque 2 constaba de 2 aulas ubicadas donde hoy se encuentra el bloque de la comunidad. Con estos nuevos espacios pedagógicos la escuela amplió su cobertura educativa hasta ofrecer todos los grados de educación básica primaria.

—¿Y cuantos docentes han laborado en el ciclo de educación básica primaria?

—12 docentes.

Haciendo cuentas, hasta el momento la institución ha tenido 9 directores o rectores.

Por otro lado, a partir de 1997 el Centro Docente Rural Mixto Rodania, basándose en las leyes y con el apoyo de la administración municipal, inició de manera directa y progresiva la ampliación de la cobertura educativa en el ciclo de educación básica secundaria con el 6°; también se amplían los terrenos con la compra de un lote de terreno

de 25 m de ancho por 100 m de fondo e, igualmente, se amplía la planta física en donde hoy se encuentra. En 1999 se logran completar los cuatro 4 grados del ciclo de educación básica secundaria.

—¿Y cuántos docentes laboraron en el ciclo de educación básica secundaria?

—Veinte, hasta ese entonces, y en 2002, al centro docente Rodania, por efecto de la reorganización del sector educativo a nivel nacional, le fueron asociados los centros docentes de las veredas Remolino, Calle Nueva, Brisas del Mar y Morrococoycito, de modo que se conformó la Institución Educativa Rodania, cuya sede principal fue el Centro Rural Mixto Rodania, ya que este ofrecía el nivel de educación preescolar y el de educación básica. En el nivel de educación básica preescolar ejercían 2 docentes, en el nivel de educación básica ciclo primario 14 maestros, y en el nivel de educación básica secundaria había 7 profesores.

En el año 2007 la institución amplió la cobertura incluyendo el grado 10°, en el cual se matricularon 37 estudiantes; y para el 2008, ya contaba con el grado 11°, completando de este modo el nivel de educación media. La institución mejoró su infraestructura física con la construcción de 4 aulas de clase, un espacio para el laboratorio y una unidad sanitaria de 8 puestos.

Actualmente, según Jair de Arce Otero, coordinador de la institución, para cubrir la demanda de estudiantes, “tanto en las diferentes sedes como en la sede principal, incluyendo a los directivos, los docentes y el personal administrativo, hay 35 personas laborando”.

Soldado por un día

Por Mailyn Carolina Díaz Cordero



En 2004, un grupo de más o menos 15 jóvenes practicantes del área de la salud (médicos, odontólogos, fisioterapeutas, enfermeros y auxiliares), pertenecientes a varias universidades de Montería, hicieron parte de un programa liderado por el batallón del Ejército Nacional de Colombia, llamado “Soldado por un día”. Dicho programa se realizó al final del semestre, para que los estudiantes que estuvieran en prácticas laborales participaran de la jornada.

Fue así como el 12 de junio Karen Cordero Sandoval, estudiante de fisioterapia, se levantó a las 7 a.m., y mientras desayunaba frutas en el comedor de su casa, junto a su madre, conversaron sobre la experiencia que viviría y lo nerviosa que estaba. Después de lo cual se dirigió hasta su habitación para ordenar las cosas que necesitaría en dicha experiencia. A las 3 p.m. Karen estaba lista para salir; llevaba una muda de ropa y un pequeño maletín color negro en el que solo le cabía lo necesario. Unos minutos más tarde, la recogió su padre en su auto rojo, al que de cariño le decían “La caponera”.

Karen saludó con emoción a su padre, se despidió de su madre con ansias de irse y se montó a la “caponera”. Salieron de su casa y tomaron rumbo por una carretera recta y con muchos árboles frondosos ambos lados para, al cabo de una hora, llegar al barrio Santander, donde se

encuentra el batallón. Unos kilómetros antes de la entrada había un puesto de control militar, todo es muy silencioso y algo tenso, pues en él se encargaban de supervisar a las personas que se dirigían al batallón. En la entrada había dos soldados dándoles la bienvenida a los estudiantes que iban llegando.

Karen, antes de entrar, mostró su carné estudiantil; la requisaron, revisándole las pertenencias amablemente. Ella se despidió de su padre un poco nerviosa y se reunió con varias compañeras en el pasillo de la entrada.

A las 6 p.m. citaron a todos los estudiantes en la cancha del batallón, le entregaron unos uniformes nuevos a cada uno, finamente doblados, planchados y organizados. Después, les indicaron cómo se ataban los cordones, ya que los soldados tienen una forma particular de hacerlo para lucir sus botas. Les dieron 5 minutos para vestirse y Karen se dirigió a cambiarse en un cubículo que le asignaron, era algo pequeño, pero no incomodo. Todos se vistieron y salieron a trotar por el batallón en una organizada fila, mientras el comandante lideraba la marcha con un canto que los demás soldados respondían detrás de él. Más tarde, conocieron las instalaciones del batallón: el ambiente allí era muy agradable, se respiraba paz, naturaleza... Los colores de su infraestructura eran verdes con estilo camuflado. Los espacios estaban limpios y las zonas verdes estaban podadas y muy bien cuidadas, este recorrido duró hasta las 9 p.m.

A esa hora abrieron el casino para cenar, ya que no había otro lugar en el cual comer, puesto que ya se había cerrado el área de alimentos del batallón. Cenaron mecatos que era lo que había dentro del casino.

Luego, un soldado da información sobre el alojamiento: hombres y mujeres por separado. Les dieron 5 minutos para bañarse, cada uno tenía habilitada su ducha. Karen se baña rápidamente, se cambia y se prepara para dormir. Apagan las luces.

Al día siguiente a las 5 a.m. sonó el toque militar para iniciar la jornada y levantar a la tropa. Al instante una teniente les indicó que debían despertarse y ponerse la ropa deportiva para ir a entrenar, les dio 5 minutos para vestirse y salir. Otra vez harían un recorrido, iniciando

con un trote lento por las instalaciones del batallón, luego llegarían a una cancha donde realizarían entrenamientos en pareja. A las 7 a.m. dieron por terminada la jornada de entrenamiento, se dirigieron al alojamiento trotando y, debidamente formados, se dispusieron a bañarse, para lo cual les dieron 10 minutos y 5 más para vestirse. Después se formaron en la parte de afuera del alojamiento para “pasar revista”, que consistió en supervisarlos uno por uno para ver si estaban vestidos adecuadamente.

Luego pasaron a formarse con todos los soldados del batallón, se realizaron actos protocolarios como izar bandera, entonar el himno nacional y el otorgamiento de unas condecoraciones. A las 8 a.m. pasaron al comedor a desayunar, en una fila, cada uno recibió su plato, comió y se dirigió a lavarlo. 30 minutos después se reunieron en un salón amplio, aseado y con muy buena calefacción, ahí recibieron charlas, les explicaron los términos que se usan en el ejército e hicieron una revista gimnástica.

Al mediodía, nuevamente se formaron para almorzar y luego volvieron al salón, donde recibieron charlas sobre la historia del ejército y los rangos que hay en la estructura militar.

Media hora más tarde, los encargados formaron a los practicantes para lo que sería el momento más tenso y emocionante para muchos de ellos: la entrega del fusil, del que una persona especializada en el tema lo desarmó, explicó cómo se limpiaba y lo volvió a armar, ordenaron a los practicantes realizar igualmente el ejercicio. Karen con muchos nervios, cuidadosamente empezó a desarmar el fusil, a conocer sus partes. Lo limpió debidamente y lo armó.

Alrededor de las 3 p.m. fueron trotando al polígono, un espacio bastante amplio de zonas verdes en el que se respiraba muchísimo aire libre, en un ambiente tranquilo y silencioso, y en el que al fondo tenía polígonos de tiro al blanco. A los estudiantes les impresionó ver en el lugar algunas ambulancias y equipo de paramédicos. Se notaron muy nerviosos, pero los soldados explicaron que este equipo debía estar presente en la actividad por seguridad y protocolo. También les dieron charlas sobre cómo disparar, la forma adecuada de coger el fusil y de qué manera se observaba por la mira, les pusieron protec-

tores en los oídos, cascos y su debida protección. Cada uno disparó un cartucho y era opcional si querían realizar la actividad o no. Karen vació el cartucho completo, pues le gustó mucho la actividad, que duró hasta las 5 p.m., momento en que se prepararon para regresar a las instalaciones principales del batallón.

Al regreso, los soldados y todo el equipo del ejército les brindaron una ceremonia en la que les dieron certificados de participación en la jornada y, luego, a las 6 p.m. les dieron la orden de cambiarse la ropa para preparar su salida del batallón. Se cambiaron, se despidieron del personal del ejército y, marchando, fueron saliendo del lugar.

A Karen la esperaba su padre, con el cual toma rumbo a casa por la misma carretera. Ella muy emocionada y sorprendida por la experiencia que acababa de vivir, le contó a su padre todas las actividades que realizó y que repetiría mil veces más. Al cabo de una hora llegan a la casa, donde los recibe Omaira, la madre de Karen. Se saludan con un abrazo, se sientan en las cómodas sillas de la sala y Omaira les brinda un café. Karen, feliz, vuelve a contarle la misma historia a sus padres, quienes la escucharon con atención. En sus miradas se notaba lo orgullosos y felices que estaban por ella y su nueva experiencia. Se notaba que la había llenado de mucho conocimiento e historias por contar.

A las 8 p.m., Karen se dirigió a su habitación, desempacó lo que llevaba en su bolso, se bañó, y se dispuso a acostarse. Ella solo pensaba en lo que había vivido. Dentro de las cuatro paredes de su habitación no cabía su felicidad... como todas las noches hizo una oración, agradeció a Dios por todo, y por último expresó: “sería soldado por un día, mil veces más”.

Orgullosamente transgénero

Por Néstor Javier Laza Chimá



Esta es la historia de Valéry, una chica transgénero que, por su valentía, ha sobrevivido a los grandes altercados de la vida. Hoy, gracias a su amistad con otras chicas trans, demuestra esfuerzo y el querer salir adelante.

—Me encuentro cada día de esta hermosa vida recogiendo los frutos que he cultivado del trabajo tan arduo que me tocó vivir siendo Juan Pablo, sobre todo ganándome la confianza de mis familiares, conmigo misma y, quizá, con el entorno tan malo que me rodeaba —dice Valery Rouse.

Juan Pablo es un chico de 19 años, quien ha vivido toda su vida en la ciudad de Montería y que, solo hasta el 2021, decidió mostrarse ante

su familia vestido de mujer y cambiándose el nombre a Valery Rouse; sin importar el qué dirán ni los juicios de sus vecinos, sus compañeros de escuela y su familia.

Valery, desde que era niño, se portaba de manera femenina: siempre estaba con niñas y se sentía super bien haciendo “cosas de niña”. Sin embargo, a los 8 años se sentía confundida bajo la presión de un padre que no era instruido y la sometía a quehaceres que, físicamente, la agotaban y la maltrataban.

A las 2 p.m. del 25 de marzo del 2021, Valery se despertó con un gran pensamiento que desde años atrás le venía rondando en la mente: “me voy a vestir de mujer... me voy a vestir de mujer”; pero la situación en su hogar no era muy positiva, pues convivía con un papá machista, al igual que con un hermano y otros familiares que quizá no fueran a aceptar la decisión. Ese era el temor.

“Ser transgénero va más allá de identificarte con un género que no se te asignó al nacer... ser trans es libertad, es estar más libre conmigo, es amarte y ser consciente de lo que quiero hacer”, le dijo Valery a su papá, quien fue el primero en ver a su hijo —hijo al que soñaba ver vestido de militar—, usando pintalabios y turbantes.

No pasaron ni dos días y su papá ya había decidido enviarla para donde su tía en Bogotá, obligándola a quitarse todo el atuendo con el que Valery se sentía bien. Ella le gritaba que jamás se vio como un hombre, sino como una mujer. “Desde que tengo memoria no me sentí identificada con lo que normalmente se espera de un hombre, siempre tuve eso de reflejarme como mujer; es más, cuando pensaba en el futuro nunca me vi como un hombre, sino como una mujer”, le exclamó a su padre.

Después de varios meses, y en plena pandemia, Valery se escapa de la casa de su tía, quien, en algún momento de esta odisea, aceptó que ella fuera así y la trataba como una hija más. Dejando por el piso esa confianza que su tía le brindó, se devolvió para su tierra que era donde veía un futuro con su gente más cercana.

—En Montería me encontré con las chicas trans y me dije: “así quiero ser yo...”. Me quería sentir más femenina de lo que ya era: ponerme blusas, tacones, sandalias y verme con senos. Pero como no tenía esa libertad, tampoco tenía conocimientos previos para todo esto; pero ellas me instruyeron y me ayudaron a ser quien en hoy en día soy.

Actualmente, Valery está sometida a un tratamiento hormonal en el que, cada día, debe aplicarse las de ampollas de una hormona que le harán crecer los senos y los glúteos, incluso, su cabello. Todos los días, poco a poco, va logrando su objetivo de llegar a ser la persona que quiere ser: una chica transgénero. ◦

El rostro de la resiliencia, un viaje sin retorno

Por Rafael Ricardo Rico Lobo



El día que se desató la cadena de infortunios, doña Edilta Rosa Clemente, aunque supersticiosa, no vio ningún indicio. Como era costumbre, se levantó a las 4 a.m., preparó el café para tener algo que brindar a las visitas que nunca faltaban a esa hora, que no eran más que trabajadores del campo a quienes el día les empezaba más temprano que al resto.

Doña Edilta les recibía con una nube de polvo, pues desde esa hora empezaba los quehaceres de la casa, “para el medio día debía tener todo listo”, por lo que empezaba barriendo, con una escoba de varitas, la hojarasca de los árboles de mango y tamarindo que tenía en el patio de enfrente. Cuando el café estaba listo, y las visitas habituales hacían la parada casi obligatoria, comenzaba la breve tertulia mañanera para actualizarse sobre lo acontecido en el pueblo el día anterior.

A las 7 a.m., cuando iniciaba la algarabía de los gallos, Edilta ya estaba adelantada: “tenía atizado el fogón, el desayuno listo y si no me quedaba café, hacía un agua de panela para mi muchacho”. Levantaba a Luis Burgos, su nieto y único acompañante, a quien crio como a su

hijo, después de notar inaceptables descuidos de su mamá biológica —a quien no se la mencionó más— y de su padre, que se mudó al departamento de Sucre en busca de trabajo. Para aquel entonces, Luis tenía solo 9 años, todavía cursaba la primaria y al igual que su madre, doña Edilta nunca se imaginó, y menos a esa hora, con su mente atolondrada por el sueño, que ese día se llevaría el mayor susto de su vida.

Luis se bañó con agua fría para espantar el sueño, se puso el uniforme del colegio, que doña Edilta había planchado la noche anterior: una camisa blanca manga corta abotonada hasta el cuello, un pantalón clásico azul oscuro y zapatos negros con cordones, que ya había aprendido a amarrar. “Probablemente, hubiera sido la última vez que lo viera con su uniforme”, recalcó doña Edilta con evidente nostalgia. El niño se sentó a la mesa comedor, hecha de madera, que estaba en la cocina, en el patio trasero junto al fogón. Desayunó y, como de costumbre, no dejó ni el repelo. “No sé a dónde se le iba la comida a ese muchacho, porque flaco sí era ese negro”, comenta doña Edilta, que luego, lo mandaba a lavarse los dientes y lo llevaba al colegio, que estaba ubicado a unos quince minutos a pie de la casa.

Luis no llegó a casa a la hora del almuerzo. “Pensé que se había quedado molestando con el niño Santiago, no era cosa rara en ellos”. Santiago era su amigo y compañero de estudios y como su camino a casa coincidía, se iban y venían juntos. Además de esa coincidencia, tenían otra que resultó infausta: físicamente eran muy parecidos: tez morena, estatura similar y de contextura delgada. “Demás que no engordaban por tanto correr... con el uniforme eran una fotocopia”. Lo que doña Edilta ignoraba era que ese día Santiago no había ido a clases.

Esta vez, haciendo caso a su instinto, decidió ir al colegio en busca del muchachito y... ahí lo supo: ¡algo malo le había sucedido! “¿Dónde podrá estar Luis?”, se preguntó, puesto que él no tenía motivos para ir a ningún otro lado y nadie le daba razón de él. El desespero, la angustia y la incertidumbre abrumaron a doña Edilta, que a gritos llamaba a su hijo con tal angustia que alarmó a las pocas personas que se encontraban a esa hora a las afueras del colegio, al ver tal desespero los transeúntes le prestaron ayuda para comenzar la desesperada

búsqueda. Lo que ignoraban era que, infortunadamente, Luis ya se encontraba a muchos kilómetros de distancia del pueblo.

Fundación solía ser un pueblo, según doña Edilta, “bueno para vivir”. Era como cualquier otro pueblo caribeño: alegre, no tan grande, con calles polvorientas, atravesado por el río Magdalena, con su imparable majestuosidad. Por el pueblo se veía pasar el ferrocarril lleno de carga y, anteriormente, con pasajeros, pues era la línea principal que conectaba al pueblo con el puerto de Santa Marta. Ahí había fundado Edilta sus bases con los pocos ahorros de toda su vida y con los que logró hacer su “rancho” a medio construir: dos piezas de material, las cuales usaba como sala y habitación, mientras que el resto de la casa estaba construida de bahareque repellido con barro seco, techada con hojas bien entretejidas de palma seca y con piso de tierra, siempre limpio y aplanado por los parches que solía realizar.

En el pueblo eran conocidos los rumores sobre los grupos armados ilegales y sus amenazas ya habían dejado algunas advertencias mortales; sin embargo, como asegura doña Edilta, ella “estaba tranquila”, porque no le debía nada a nadie ni se metía con nadie. Aunque vivía con cautela, pensó que por el hecho de ignorar la situación social no le tocaría experimentar las consecuencias de la guerra; pero el destino y la crueldad la pusieron en una situación que jamás buscó: ser testigo directo de la violencia en Colombia.

El marasmo de las 2 p.m. se vio perturbado por la noticia que ya había dado la vuelta al pueblo, Luis estaba desaparecido. Se dice que lo vieron salir por el portón que daba a la salida del colegio, pero nada más. Otros, en cambio, aseguraron haberle visto caminando solo a casa, pero nadie tenía certeza de qué le había pasado o dónde se encontraba. Fueron dos días de completa incertidumbre en los que la duda y los malos pensamientos carcomieron la mente de doña Edilta. Y asimismo para Luis, quien atravesaba una de las peores experiencias de su vida.

Camino a casa, Luis había sido secuestrado por hombres que no se identificaron ante él, lo subieron a un carro de manera abrupta y se lo llevaron, sin saber para dónde ni por qué. Lo único que sabía era que tenía que guardar silencio, si quería que nada malo le pasara. Sin

embargo, como en la vida el infortunio de unos es una oportunidad para otros, Luis inconscientemente, se vio beneficiado de esta ley de vida.

A la altura de Aracataca, Magdalena, se perpetuaba un combate que para ese momento dejaba un saldo de 3 militares muertos, lo que obligó a los secuestradores a detenerse. Sin entender cómo, Luis, aunque gobernado y paralizado por el miedo, aprovechó la oportunidad para escapárseles: abrió la puerta de la parte trasera donde estaba junto a uno de los dos secuestradores y corrió como nunca, con la fortuna de que se encontraban en un área habitada, en la que una casa con las puertas abiertas parecía recibirle para cambiar su destino. Luis entró y se refugió, con lágrimas en los ojos y tratando de mantener la respiración, pidió ayuda a la dueña de la vivienda, quien actuó sin entender lo que ocurría. Su instinto materno o el terror en los ojos del niño la impulsaron a su favor: cerró la puerta con cerrojo y le dio un poco de agua con azúcar al niño, para intentar calmar su espanto.

Al tranquilizarse, Luis le contó lo sucedido a la señora, que no hacía más que consolarle. Entre su lista de contactos telefónicos estaba el número de un viejo amigo que había ejercido como policía y que, seguramente, sabría cómo actuar en esta situación. El expolicía decidió ir a la casa para llevarla, junto con el niño, al CAI más cercano. Allí abrieron el proceso y se encargaron de mandarlo a Santa Marta, a un lugar más seguro.

Esa noche, a doña Edilta le fue imposible conciliar el sueño, pues no obtuvo respuestas ni indicios. Mientras tanto, Luis ya estaba en una estación con uniformados que no conocía, pero con quienes se sentía seguro. Esa misma noche deciden recolectar sus datos y se comunican con doña Edilta. El sonar del teléfono resultó ser tan agobiante que dejó a una sobrina la tarea de informar a los familiares preocupados lo sucedido: “yo me aturdí tanto que no me salían las palabras”. Aunque estaban exhaustas de contestar, esa llamada era la que aliviaría o quizá destrozaría la ilusión de una madre que se rehusaba a perder a su hijo.

En medio de ese ambiente casi fúnebre suena el teléfono. La noticia las tranquiliza: el niño estaba sano y salvo, y esperaba a sus familiares para regresar a casa. Sin reparo alguno, y mucho antes de que amaneciera,

Edilta decide viajar hasta Santa Marta. A las 7 a.m. se encontraba ya en la estación, haciendo la engorrosa y, para ella, innecesaria confirmación de que se trataba de su pariente. Al verle sintió que su alma entraba al cuerpo, era un estado de plenitud. A la media mañana estaban en el pueblo nuevamente, volviendo la alegría y el calor a la casa.

Como es sabido, en estos pueblos del Caribe poco se escapa a quienes no pueden vivir sin información para compartir, por lo que se supo, al pasar de los días, que el secuestro de Luis fue producto de una infortunada equivocación, pues a quien secuestrar era a Santiago, su amigo y compañero. Se lo querían llevar como represalia ante la negativa de su padre a pagar una alta suma de dinero para la liberación de su esposa, “él decía que, si la iban a matar, que la mataran, pero que él no iba a pagar los 120 millones que le pedían”, se escuchó decir. Días después también se supo que la madre del Santiago había sido asesinada, la encontraron colgada en la viga de un colegio en un área veredal.

Luego de un par de meses en aparente calma, la tranquilidad les es arrebatada nuevamente: justo a la salida del colegio, Luis asegura haber visto a los secuestradores. Con entendible pavor Luis corrió a su casa en busca de ayuda y se refugió bajo la cama. Doña Edilta intenta calmarlo y, mientras ella iba a confirmar lo sucedido, lo dejó en casa de una vecina. A lo lejos, cruzando la línea del ferrocarril, Edilta puede divisar el carro y a los hombres con las descripciones que Luis le había dado.

Cerca de las 9 p.m., doña Edilta se encontraba en su casa, en compañía de algunos vecinos, cuando inesperadamente dichos hombres llegaron con prepotencia y altanería. Sin identificarse y sin medir sus palabras les piden a todos los presentes que abandonen, en las próximas 24 horas, sus casas, sin derecho a sacar ni una sola de sus pocas pertenencias, pues tenían planeado explotar los vagones del ferrocarril y no querían seguir ensuciándose las manos de sangre. Aterrorizados, sin entender lo que pasaba, las inocentes víctimas, que poco o nada tenían que ver en el conflicto, deciden empacar lo poco que podían meter en un morral. Por todas partes se escuchaban los gritos y los lamentos de quienes se rehusaban a abandonar lo que, con tanto sacrificio, habían logrado construir... Sin saber a dónde, deciden marcharse dejando su suerte en manos de todos los santos.

A primera hora del día siguiente, sin nada más que con la ropa que llevaban puesta y un bolso al hombro, doña Edilta y Luis abandonaron su hogar, ese mismo día, al cerrar las ventanas y las puertas de sus casas murieron la alegría y el bullicio, que fueron en su momento el buen espíritu y el calor de la familia. Con el alma destrozada se marcharon para siempre de aquel lugar, la vivienda que representaba toda una vida de trabajo.

Mucho después se supo que las pocas pertenencias de las víctimas fueron saqueadas poco a poco, todas las noches en un camión de estaca se fueron llevando lo que allí tenía utilidad.

Adolorida y fatigada, pero con carácter de guerrera, Edilta decidió empezar de nuevo. Se mudó al departamento de Sucre, a casa de su hijo Pedro, padre de Luis; pero como en ese lugar no encontró comodidad alguna, se fue a Chinú, en el departamento de Córdoba, cerca al litoral caribe colombiano, uno de los asentamientos más antiguos de Colombia. Este pueblo era conocido por ser una pacífica tierra de poetas y declamadores, que algunos osados, como Rafael Guevara Figueroa, han denominado “un edénico jardín”. Allí, Edilta esperó nunca volver a vivir los infortunios que se ha visto obligada a sufrir en otras tierras.

Tras 14 años en Chinú, ha encontrado algunas oportunidades y ha luchado, pese a sus más de 60 años, para tratar de construir su nueva casa. Edilta ha combatido contra el mundo para sacar a su hijo adelante: y posibilitarle la educación: ha trabajado en servicios domésticos, en casas de algunos más privilegiados por el destino, ha hecho galletas de limón en fogón de leña, en el patio de las casas que ha tenido que recorrer de alquiler en alquiler. Y como es amante al canto, se le oye cantar cuando hace sus quehaceres, aunque evidentemente no canta porque tenga el corazón alegre, sino por el dolor. Canta cuando llorar ya no le basta. Edilta no le niega el perdón a quienes le causaron tanto mal; pero martirio es lo que refleja su rostro cada que tiene que recordar las cosas que ha luchado por olvidar. Doña Edilta no sabe que ha sido de su casa en Fundación y se niega a regresar, porque, asegura: “la nostalgia me mataría”.

“Porque, aunque el camino no es fácil, de todas nuestras experiencias debemos aprender”: César Casarrubia

Por Salomé Castillo Angulo



César David Casarrubia Ruíz ha vivido toda su vida en su ciudad natal. Nació en el hospital San Jerónimo el 24 de octubre de 1982, a las 6:30 p.m., en Montería, ciudad que lo ha visto crecer en todos los aspectos.

La época de colegio tuvo muchos cambios para él, ya que estuvo en tres instituciones distintas: la primaria la hizo en el colegio Mercedes Abrego, al sur de Montería, y la primera parte del bachillerato en el colegio Antonio Nariño, un colegio público. En 1999 se le presentó a la mamá de César una gran oportunidad de trabajo como jefe de cocina en un restaurante de Cartagena, en la costa colombiana, a 4 horas y media por tierra, donde hace el mismo o, incluso, más calor que en la capital ganadera. Fue un cambio repentino y le tocó irse con ella y cursar 10.º en un colegio privado de Cartagena, donde tuvo una mejor vida que en Montería: un poco más llena de lujos y comodidades; sin embargo, por problemas de salud, la mamá de César le

tocó devolverse con él, en el 2000. César se graduó de bachiller en el colegio Antonio Nariño, culminándolo de 17 años.

En el 2001, César empezó hacer un diplomado en “Desarrollo empresarial para microempresas”, en la Universidad del Sinú. Allí conoció a Yudys, la madre de sus hijos y su actual esposa. Al mismo tiempo, César estudiaba Acuicultura (estudio de peces y organismos acuáticos) en la Universidad de Córdoba y, en 2003, César embarazó a su novia Yudys, con 21 años los dos optaron por salirse de la universidad, en la que llegó hasta el quinto semestre. Sus papas se disgustaron con César, no por haber embarazado a su novia, sino por el hecho de haberse retirado de la universidad, pero ya no había nada qué hacer.

Un amigo de César le comentó sobre la posibilidad de hacer parte de las Autodefensas Gaitanistas de Colombia. En medio del desespero, pues su hijo ya tenía 1 año y César no sabía cómo solventar la situación económica de su familia, aceptó la oferta. En 2004 se fue para Tarazá, un municipio del departamento de Antioquia. César hizo parte del grupo de los mineros que estaba bajo el mando del Cuco Banoy, ahora exparamilitar y exnarcotraficante, más de mil hombres entregaron las armas y, entre ellos, él.

—César, ¿cuál fue tu peor experiencia mientras estabas allá en Taraza, donde los días se te hacían cortos y las noches largas?

—Yo estaba acostumbrado, en mi ciudad, a tener las tres comidas del día, a tener un techo cómodo, pero allá una vez duré 3 días sin bañarme y, preciso esa noche, me acosté en una hamaca a la intemperie, en el monte, y cerré los ojos y me puse a llorar, porque yo nunca había pasado esa necesidad... también pensaba en mi familia, lo preocupados que estarían mis padres, mi hermana, mi esposa y mi hijo que tenía 1 año en ese entonces (ahora tiene 18). Me puse a pensar todo eso y, de repente, cae un aguacero... imagínate: uno camuflado, con botas puestas y todo el día aguantando sol. Ahí fue que dije: “¡me voy!”; pero no podía hacerlo, porque traería consecuencias fatales. Me dije que, apenas saliera de eso, buscaría hacer cosas buenas.

—¿Cuánto te pagaban?

—En ese entonces, mensualmente, me pagaban 258.000 pesos.

César expresa que siempre le ha gustado estudiar, tanto así que, cuando regresó de la guerra, ingresó nuevamente a la Universidad de Córdoba, pero esta vez optó por estudiar enfermería, aparte de que los fines de semana hacía comidas rápidas y era mesero en la zona rosa de Montería, mejor conocida como “El pasaje del Sol”.

Con el pasar de los años, las redes sociales se volvieron muy populares y subir contenido (videos de humor, tutoriales, bromas, entre otros), se volvió una manera no tan difícil de generar ingresos monetarios. Fue en 2018 cuando César y dos amigos suyos crearon una página para publicar todo tipo de contenido, a la cual nombraron “El cucayo.com”. Empezaron subiendo videos de humor y poco a poco cogieron experiencia, entonces no solo era comedia, sino que también se desenvolvían imitando fotos y videos de famosos, sin embargo, hoy en día, las páginas oficiales solo las administra César, pues sus amigos tomaron otros caminos.

El pensamiento de César a futuro es crecer en las redes sociales, no solo a nivel nacional, si no internacionalmente, también quiere montar un restaurante de comidas que sea el mejor de la ciudad de Montería y comprarse una casa propia, pues en la que vive ahora es de sus suegros.

Siendo padre de 6 niños, y como esposo e hijo, César trata diariamente ser un ejemplo de integridad, “porque, aunque el camino no es fácil, de todas nuestras experiencias debemos aprender”.

A sangre y fuego

Por Stefanía Mestra Negrete



La fuerza de despliegue rápido, número 10 de la FUDRA 4, adscrita al departamento del Cauca, el día 9 de octubre fue enviada al municipio de Argelia, por todo el cañón del Micay, con una orden de operación ofensiva. El conjunto de fuerza de despliegue terminó de salir del reentrenamiento con la tarea de retomar el orden en el cañón del Micay, debido a que había muchas personas desplazadas por el conflicto.

—Nosotros llegamos a la vereda del Sinaí parte alta, donde un grupo de la Carlos Patiño dominaba un cerro predominante y llevaba más de diez años ahí. La orden era bajarlos, como fuera, ¡a sangre y fuego de ser posible! Éramos 4 pelotones y en el primer intento por recuperar el cerro no pudimos, pero en el segundo nos infiltramos por toda la montaña...

Los militares llegaron hasta un punto cercano a donde estaba el campamento; sin embargo, la guerrilla se huyó y a su paso dejó miles de artefactos explosivos improvisados (minas). Teniendo el cerro coronado, ya que esa era la orden, la guerrilla intentaba recuperarlo

nuevamente con esas maniobras y tácticas de combate. El pelotón militar, sin saber lo que sucedía, fueron pisando los artefactos explosivos. El primero de ellos fue el soldado profesional Larrota, de 34 años, que se desempeñaba en el pelotón B3 como puntero rastreador. Eso fue el 11 de noviembre. El siguiente fue el soldado Montenegro, de 31 años, que se encontraba destruyendo una zona con artefactos explosivos. Eso ocurrió el 13 de noviembre.

Durante la operación final siguieron los ataques de los integrantes de la Carlos Patiño, y 10 soldados del pelotón B3 tenía que subir a buscar comida dónde se encontraba el pelotón B4, en distancias entre los dos pelotones había 1.500 metros. El soldado Martínez, de 35 años, se desempeñaba como contra puntero, pisó un Artefacto Explosivo Improvisado (AIE) que le produjo la pérdida de su pie derecho y le dejó múltiples fracturas en la pierna izquierda. Los compañeros que se encontraban con él hicieron una camilla improvisada y le brindaron los primeros auxilios. Luego fue llevado a la ciudad de Popayán, donde fue atendido.

El soldado profesional Borja, que se encontraba descansando en su cambuche y fue hacer una necesidad fisiología, pisó trágicamente un artefacto explosivo, por el cual perdió la pierna derecha hasta la altura de la rodilla. A las 6 p.m., aproximadamente, le brindan los primeros auxilios, para luego ser evacuando vía terrestre, por cuestiones climáticas, hacía la cabecera municipal de Argelia.

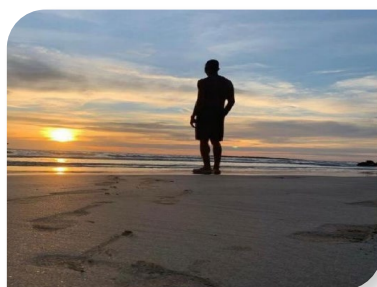
—Como si no fuera poco, el 8 de diciembre, el soldado profesional Aguao, de 27 años, quien también se encontraba descansando, se levantó a orinar a un costado del cambuche en el que estaba. Por desgracia, también pisa una mina, y pierde el pie derecho a la altura del tobillo. Como a mis otros compañeros mencionados, le brindamos los primeros auxilios, para mantenerlo estable y consciente. A la media hora llegó un helicóptero que lo trasladó a la ciudad de Cali, siendo, lamentablemente, el último de los soldados heridos.

Ahora los 5 soldados profesionales mutilados por dichos artefactos explosivos improvisados sembrados por las disidencias de las FARC, específicamente, por la columna Carlos Patiño, en el cañón del Micay. Estos soldados se encuentran, actualmente, en el Batallón de Sanidad

Militar, ubicado en la ciudad de Bogotá. Después del incidente les entregaron las prótesis y se encuentran en un proceso de adaptación, por medio de terapias. ◦

Juancho, su capacidad de héroe

Por Vanesa Carolina Gómez Díaz



Juan Sebastián Gómez Coa, un niño de 11 que, a pesar de su discapacidad, no dejó de lado su gran sueño. Juancho, como le dicen todos en su pueblo natal, nació en el municipio de Moñitos, Córdoba, el 4 de noviembre de 1999, y creció en un corregimiento llamado Punta Broqueles.

Juancho comenzó a sufrir de parálisis cerebral desde muy niño, más exactamente, a la edad de 5 años, y desde entonces le han quedado secuelas. Una de ella es que su brazo izquierdo le quedó muy débil y no puede sostener cosas demasiado pesadas, porque se le pueden caer; sin embargo, eso no ha sido un impedimento para poder divertirse y hacer lo que a él le gusta.

Juancho se inclinaba por diferentes deportes como el fútbol y la natación, pero la vida le estaba preparando algo más bonito que ni él ni su familia imaginaban. En el año 2011, cuando tenía 12 años y estudiaba en la Institución Educativa Broqueles, el profesor Filiberto Castro Navarro, de Educación Física, inevitablemente puso sus ojos en el “Gran Juancho”, como le decía, ya que el desempeño era notorio en comparación con sus demás compañeros, a pesar de la discapacidad que tenía.

La admiración del profesor no fue por el fútbol ni la natación, era por el atletismo; algo que él y todos veían como algo totalmente normal. Entre sus amigos y compañeros de colegio hacían competencias, y Juancho, por ser el más alto, tenía una ventaja y siempre la aprovechaba para ganar.

Ellos le decían que no ganaba por velocidad ni por ser bueno, que era por su estatura y él se lo creía, por tal razón nunca tomó en serio este deporte. Pero el profesor hizo que lo viera de otra manera: lo afortunado que era por ser alto y por la velocidad que podía alcanzar y que lo caracterizaba entre sus amigos y compañeros.

En el año 2014 el profesor empezó a entrenarlo, cuando salía del colegio llegaba a su casa, almorzaba y luego asistía a los entrenamientos con gran entusiasmo. Estaba siendo muy disciplinado y los resultados eran muy evidentes por el empeño que le colocaba cada día. Tenía solo 14 años.

A los 16 años participó en los Juegos Intercolegiados y fue el mejor en la categoría de atletismo. De acuerdo con una reseña hecha en estos juegos, “El gran Juancho” triunfó en el torneo “Supérate 2015”, en el que ganó su primera medalla de plata en la carrera de 100 y 200 metros. Así fue como recibió, por primera vez, el elogio de sus compañeros y profesores.

Los meses pasaron y a sus 17 años participó nuevamente en torneos importantes, esta vez en los Juegos Parapanamericanos Juveniles de Sao Paulo, en donde tuvo la oportunidad de salir del país y conocer el vecino país de Brasil. Allí logró una victoria significativa para su vida: se colgó la medalla de oro en salto largo, con un récord continental de 5,82 m.

En 2017, con 18 años, viajó a Nottwil, Suiza, para participar en el Mundial Juvenil de Para-Atletismo, en el que ganó la medalla de oro en salto largo y la de plata en los 200 m, con un tiempo de 24,64 segundos. Después, a sus 19 años, participó en los Abiertos Panamericanos de Barranquilla 2018. El año siguiente también logró dos medallas de oro en los Abiertos Panamericanos de la capital del Atlántico y en los Parapanamericanos de Lima 2019, obtuvo la de bronce, a sus 20 años.

Después de duros entrenamientos y de cosechar importantes victorias, cada que regresaba de alguna competencia su familia y sus vecinos del municipio lo recibían con caravanas, acompañadas de trompetas que enaltecían y celebraban los logros de este pequeño niño oriundo de Broqueles, Moñitos. Afortunadamente, Juancho siempre contó con el apoyo constante de sus familiares, quienes fueron el pilar de motivación para el desarrollo de este campeón, aunque algunos todavía no creían lo que estaba por vivir este pequeño soñador: Juan Sebastián Gómez Coa, a la edad de 21 años, había sido convocado para participar en los Juegos Paralímpicos de Tokio 2020.

A mediados del mes de marzo del año 2020 llegó el covid-19, lo cual puso a muchos atletas a dudar si en realidad los juegos se realizarían o los aplazarían hasta nueva orden, ya que, como sabemos, esta enfermedad ocasionó muchas muertes a nivel mundial.

Afortunadamente, por medio de pruebas y protocolos de bioseguridad les fue posible iniciar y continuar con este gran sueño, el cual les brindaba a los adolescentes la oportunidad de darle un giro extremo a su futuro y más a los que eran de bajos recursos.

Los Juegos Paralímpicos fueron inaugurados el 24 de agosto del año 2020, todos en su pueblo estaban rebosando de la felicidad, especialmente sus familiares y amigos más cercanos. Juancho llegaba a Tokio con un currículum impecable que le daban a Córdoba y al país la ilusión de lograr un nuevo oro. Su debut fue el 28 de agosto en la categoría masculina de los 100 metros T38; y el 1 de septiembre participó en la prueba masculina de salto largo T38.

Mientras Juancho debutaba, todos sus familiares y amigos estaban a la espera de verlo en la televisión y sentir que ese hijo, hermano, primo o amigo daría lo mejor de sí para dejar en alto al departamento de Córdoba y toda Colombia. Llegó el gran día, “yo me sentía con mucha presión por parte de mi entrenador; pero también estaba decidido a dejar hasta la última gota de sudor por esa medalla”, comentó Juancho antes de la competencia.

Antes de llegar su turno, le agradeció a Dios por ese sueño que estaba cumpliendo y pensó en su familia para tener más motivación al momento de salir ante todo el mundo. Mientras que en su pueblo estaba el sol brillante y las calles solas, porque todos estaban pegados al televisor, atentos a ese salto que determinaba mucho en el futuro del “Gran Juancho”, pues demostraba el intenso trabajo, la disciplina y todo el recorrido que tuvo que hacer para llegar a esa gran pista. “Al momento de estar en la pista, alzaba los brazos para coger oxígeno, botaba el aire lentamente, y así me preparé para hacer mi primer intento”, comenta Juancho.

En el primer intento de salto largo registró 6,27 m, que fue su mejor marca, en el segundo registró 6,25 m y, en el último salto, 6,17 m. Juancho dice que, en el momento, no se sintió satisfecho con lo que había registrado ya que él sentía que podía dar más. La noche del martes 31 de agosto, Juancho ganó el Diploma Olímpico, gracias a su salto largo de T38.

Por este logro se pronunció el actual gobernador de Córdoba, Orlando Benítez con un fraternal saludo: “gracias, Juan Sebastián, por dejar en alto el nombre de nuestro departamento y por llenar de orgullo y esperanza los corazones de todos los cordobeses”. Al mismo tiempo, el mandatario resaltó que seguirían apoyando a cada uno de los deportistas cordobeses.

Cuando pasó todo lo de la ceremonia, llegó el momento de alzar el vuelo hacia casa, todos estaban muy emocionados y ansiosos a la espera de “el campeón”. Cuando llegó a Bogotá tuvo que quedarse en cuarentena, porque un compañero dio positivo para covid-19, entonces lo mejor era esperar cierto tiempo como precaución. “Cuando me tocó quedarme en Bogotá para cumplir el respectivo

asilamiento, me la pasé solo en un apartamento, estaba cayendo en depresión, ansiedad, bajé de peso y cuando hacia videollamada con mi familia esto me ponía triste, porque no podía estar con ellos y abrazarlos”. Juancho cuenta que ese fue uno de los momentos más difíciles que vivió.

Cuando terminó la cuarentena e iba rumbo a su pueblo, sentía una felicidad inexplicable, se sentía libre y limpio al saber que no estaba contagiado y que podría ver a sus familiares, abrazarlos y contarles cómo fue su experiencia olímpica.

Cuando llegó a su pueblo no se esperaba el gran recibimiento que le hicieron: una caravana de motos, con trompetas y algunos uniformados con suéteres de Colombia, que con el apoyo del alcalde del municipio lo recibieron como se lo merecía. Cuando él se bajó del carro en el que venía, todos lo abrazaban, elogiaban y le gritaban: “¡campeón!”, “¡eres el mejor!”, y el ruido de las motos y los carros que pitaban, las trompetas que sonaban junto a los silbidos y los gritos de alegría.

Dos semanas después le hicieron un homenaje y el gobernador de Córdoba reconoció y exaltó al “Gran Juancho” entregándole la Medalla de Reconocimiento al Mérito Deportivo y un incentivo económico de 20 millones de pesos, por ser un ejemplo de resiliencia, superación, tenacidad y perseverancia. Asimismo, se destacó la labor de su entrenador Filiberto, su guía hacia un sueño que se volvió posible.

Juancho tomó el micrófono y le agradeció a Dios por hacerle ver de otra manera que ese era el camino, a su familia por siempre apoyarlo, a su entrenador quien lo ayudó a tener disciplina para lograr sus éxitos. Por último, suspiró y delante todo su pueblo dijo: “a todo ustedes gracias por verme crecer y creer en este pequeño héroe”.

Actualmente, en 2022, con la edad de 22 años, comenta que gracias a cada dificultad y sacrificio pudo llegar a la pista de sus sueños, ser parte de la historia a nivel mundial y ser campeón para toda la vida. ◦

Anécdotas de una secuestrada

Por Wandy Cecilia Acosta Romero



Dicen que la primera noche en la cárcel siempre es la peor de todas. Este dicho también debe ser aplicado a la primera noche que enfrenta un secuestrado, en especial si eres mujer, tienes un shortcito, una camisilla y estás, nada más y nada menos, que en un monte a 1.550 m sobre el nivel del mar, sufriendo, evidentemente, de un frío insoportable.

En 2006, Mariana* salió de paseo un sábado al mediodía. Viajaba con Ernesto*, su ahora exesposo, por la vía hacia Medellín. En Tarazá, en el Puente del Pescado, redujeron la velocidad y pasaron un policía acostado. Al pasarlo, unos hombres armados y con uniformes verdes les hicieron señas para que se detuvieran. Inocentemente creyeron que era el ejército, pero resultaron ser de la guerrilla. De inmediato, amenazaron a Ernesto poniéndole un arma de fuego en su cabeza, los obligaron a bajar del vehículo y empezaron a subir montañas. Mariana se percató que venían cuatro hombres más, en las mismas circunstancias, caminando detrás de ellos. El terror la invadió, pues era la única mujer en ese secuestro. Los pensamientos la hostigaban,

El nombre real de la persona fue modificado para preservar su privacidad.*

era imposible no creer que la violarían. Tantos relatos de las atrocidades que la guerrilla había practicado, masacres como la de Bojayá... ¿qué mujer no tendría miedo de estar en una situación así?

La primera noche

Subieron montañas durante horas. A cada metro que subían, más frío sentía Mariana. Caminaron sin descansar para llegar a ese punto tan alto de la montaña. En todo el transcurso no les dieron nada de comer ni de beber. Estaban hambrientos. Los guerrilleros que los custodiaban eran jóvenes, se notaba en su rostro que solo seguían instrucciones de alguien de rango superior, y lo único que le dijeron a Mariana y a los otros secuestrados era que debían seguir caminando, pues se dirigían hacia donde estaba el comandante. Se detuvieron solo cuando ya era muy oscuro para seguir, y ahí, en medio del y húmedo monte, los guerrilleros improvisaron un cambuche para que durmieran. Los seis secuestrados se acostaron a dormir ahí, sin más, tirados en el piso. Esa noche llovió terriblemente, Mariana temblaba sin cesar, ella nunca había aguantado tanto frío en su vida... el hambre se hizo presente una vez más. Esa noche pasó algo que ella jamás hubiera imaginado: un guerrillero que parecía tener alrededor de 13 años sacó un pedazo de comida. Mariana no recuerda qué era, si era pan o carne, pero el detalle estuvo en que este joven decidió darle la mitad de ese alimento a escondidas, exponiéndose a algún castigo si lo descubrían, pues se notaba que las directrices que seguían eran muy estrictas. Desde ese momento, Mariana comenzó a pensar un poco distinto sobre la guerrilla.

Encuentro con el comandante

Tras llevar tanto tiempo caminando, los secuestrados perdieron la noción del tiempo, por lo que Mariana no recuerda cuantos días caminaron... En el camino los guerrilleros hablaban sobre dirigirse hasta El Paramillo. Algunos de ellos les mencionaron que ellos eran la unión del Frente 36 y el 18, que operaban en esa zona, ese Frente custodiaba el norte de Antioquia y el sur de Córdoba. En cierto momento, llegaron al territorio en el que se refugiaba el comandante. Era un centro de operaciones en medio del monte donde tenían reuniones entre ellos, para discutir ciertos asuntos que los secuestrados no podían escuchar.

El comandante interrogó uno por uno a los secuestrados. Nadie podía mentirle. Cuando interrogó a Mariana, lo primero que le dijo fue que ese secuestro era de tipo económico, así que ella tenía que decirle quién pagaría por su libertad. Mariana fue muy directa, ella le dijo al comandante que solo era una estudiante de ingeniería ambiental de una universidad pública. Sus padres habían sido campesinos toda la vida y que lucharon toda su vida para al menos construir una casita. Ella jocosamente le dijo que al igual que ellos, ella solo era una ciudadana más del pueblo y que para pagar su liberación seguramente sus padres tenían que vender esa casita y volver a las mismas de antes, y así, qué gracia. El comandante se reía, pues entendió el punto de Mariana. Ella se percató que no era tan intimidante como parecía, y le dijo que ella había estado aterrorizada pensando que la iban a violar. Todos los guerrilleros y el comandante se burlaron de ella al decir eso. La razón de la burla fue porque ellos no eran de ese tipo de Frente, los guerrilleros tenían prohibido maltratar o robar pertenencias de los secuestrados, lo único que les interesaba era el dinero por la liberación.

Las botas

En el lapso del secuestro no les faltó nada, ni alimentación, vestimenta o implementos de aseo. El comandante siempre les preguntaba que les hacía falta. Mariana pedía champú, ropa interior, desodorante, toallas higiénicas y todo se lo daban. En una ocasión, sus zapatos ya estaban muy dañados y pidió otros. Un guerrillero se fue y regresó con unas botas de la talla de Mariana. Cuando regresó le dijo: “tome, Mariana, aquí están estas botas. Son de la difunta Mariana, la mataron hace como una semana en un enfrentamiento. Vea, qué casualidad, se llamaba igual que usted”. Eso le dio un escalofrío a Mariana, pero no podía quejarse, estaba secuestrada, no de vacaciones.

La mejor presa del sancocho

El tiempo pasaba: ya no eran días, sino semanas. La alimentación era regular, muchas latas de atún, alverjas y arroz. Mariana cada día hablaba más y más con los guerrilleros. Ellos estaban asombrados de que ella no fuera una señora arrogante o creída. Mariana siempre les decía que ella era como ellos, “una pelada de pueblo”. Por estos acercamientos empáticos, Mariana se ganó el aprecio de esos jóvenes que los custodiaban. La

apreciaban tanto que la vez que hicieron sancocho de gallina, le dijeron: “Mariana, venga rápido, le guardamos la mejor presa del sancocho y todos los huevos de la gallina, ¿si los quiere?”

Esas pequeñas demostraciones le daban a entender a ella que esos jóvenes solo eran otras víctimas de la violencia de Colombia, que no todos eran monstruos y que tenían calidad humana. Esos jóvenes eran humildes, respetuosos, pero estaban en el camino equivocado.

La represa

Vivían trasladándose, nunca se quedaban más de dos días en un mismo lugar. En muchas ocasiones Mariana era quien los lideraba y les decía que caminaran más rápido, a lo que los guerrilleros le decían que si ahora ella era la capitana. Un día llegaron a un nuevo territorio, y tras inspeccionarlo vieron que había una represa, de una vez le preguntaron a Mariana si quería “represear” un rato. Ella aceptó la invitación, e invitó a los demás secuestrados. Solo se bañaron ella y Ernesto. Mientras se divertían, gritos y exclamaciones de alegría sonaban. Los guerrilleros se reían de la alegría de ella, pues ella era la única secuestrada que habían conocido con tanta energía y positivismo, ella a diferencia de los demás secuestrados, decidió ver el lado positivo de esa situación, en vez de darse mala vida. De repente, el comandante les gritó horriblemente y los guerrilleros se fueron corriendo al llamado. Al regresar, el comandante se acercó a Mariana y le pidió disculpas por el grito anterior, pues pensaba que la bulla era de sus guerrilleros, quienes tenían prohibido hacer escándalos, y por eso los regañó. Pero como la de la bulla era ella, no había ningún problema. En serio le habían tomado aprecio.

La liberación

Días previos a que el comandante confirmara que los dejarían en libertad, ya Mariana sabía que pronto vendrían por ella, pues los guerrilleros le avisaron a escondidas. El comandante llegó a un acuerdo con la hermana de Mariana, \$20.000.000 por la libertad de ella y de Ernesto. Después de 45 días, cuando iban bajando las montañas hacía la carretera donde acordaron que los recogerían, el comandante y los guerrilleros le pidieron a Mariana que considerara la posibilidad de regresar y hacer parte de la guerrilla. Mariana no

aceptó el ofrecimiento, pues, aunque disfrutó el tiempo que estuvo secuestrada, fue solo porque prefirió ver el lado positivo de esa experiencia: no estaba siendo torturada y había muchísima vegetación hermosa a su alrededor. Aunque haya disfrutado, ella tenía claro que no quería volverlos a ver nunca. Mariana corrió con la suerte de ser secuestrada por un Frente tranquilo. Piensa que, si no hubiera demostrado su lado humilde, seguramente la hubieran matado.

Mariana les deseó lo mejor, se despidió de ellos, y aunque les dijo que lo consideraría, dentro de sí estaba segura de que esa no era la vida que ella quería tener. ◦

Las ganas lo pueden todo

Por Wendy Doray García Bello



En Colombia hay, aproximadamente, 1.729.000 migrantes venezolanos, que han llegado al país por la crisis que se está viviendo en el país vecino: escasez de alimentos, necesidad de buscar más recursos económicos para sostener a sus familias, inseguridad, entre muchas cosas más. Estas son algunas de las razones de por qué las personas deciden salir de Venezuela para venir a Colombia.

Luis Negrete, como todo venezolano con aspiraciones y ganas de salir adelante, emigró con la esperanza de tener una mejor vida, tomó la decisión de venirse a Colombia por el tipo de vida que estaba llevando. En 2019, a finales del mes de octubre, tuvo la valentía junto a sus dos hermanos de emprender un camino hacia territorio colombiano, abandonando sus pertenencias y todo lo que tenían en su país, que con mucho sacrificio y trabajo habían logrado adquirir.

Luis es un hombre de 34 años, con una carrera de odontología que realizó en Maracay, Venezuela, la cual solo pudo ejercer 2 años debido a la crisis del país. En el tiempo que lleva viviendo en Colombia no ha podido trabajar ejerciendo su profesión, porque los migrantes se enfrentan a muchos obstáculos para conseguir un empleo. La documentación incompleta, la no convalidación de sus títulos universitarios, las ofertas de baja remuneración y las malas condiciones laborales son algunas de las dificultades que enfrentan los migrantes.

Con muchas capacidades y talentos, Luis comenzó a hacer acrobacias, lavar motos y autos, vender todo tipo de comida. Entre otras cosas, cuando llegó a Montería y fue acogido por una tía, hermana de su madre que ya había fallecido, Luis era un hombre que estaba acostumbrado a no tener que depender en ningún aspecto de nadie y el tenerse que estar en dicha situación le creaba mucho conflicto, puesto que tenía que estar en la casa de alguien más.

Al llegar a lo que sería su nuevo hogar, empezó la búsqueda de trabajo en compañía de sus otros hermanos, lo cual fue un fracaso total, porque nada les dio resultado, por esto debieron realizar trabajos informales. También tuvo la oportunidad de realizar trabajos ilícitos, pero su moral y creencia en Dios, le impidieron tomar “el camino fácil”, afirma.

Luis, sin importarle las dificultades y problemas a los que podía enfrentarse diariamente prefirió esforzarse y tener una vida tranquila, en lo posible. Esto hacía que se levantara todos los días a las 4 a.m. con todas las ganas y la motivación que podía para salir a vender o realizar cualquier labor que en ese momento le pudiera brindar dinero o, simplemente, lo que iba a comer en ese día, porque tristemente no encontraba oportunidades para tener otro tipo de trabajo o uno que fuera de acuerdo a sus gustos y capacidades, pero esto no era algo que lo desmotivara para levantarse cada día pensando que todo sería diferente y tal vez, si tendría la suerte para lograr una vida distinta.

Lavar parabrisas es lo que solía hacer más seguido, en la esquina de Garzones en Montería. eligió trabajar allí porque le quedaba relativamente cerca de su vivienda y esto hacía que algo en su vida fuera más fácil. En esta labor Luis se ha enfrentado a múltiples cosas: cuenta

que todos los días se encuentra con personas de todo tipo, las que son amables y respetuosas o las que, simplemente, menosprecian su labor y lo humillan.

—Una vez una señora, como de 40 años, iba en su carro con un muchacho y paró en el semáforo. Yo aproveché y traté de limpiar su parabrisas lo más rápido que podía para que no pasara el semáforo a verde... y la señora pita con su carro y me grita que era un atrevido, que no me iba a dar ni un peso, porque ella no me había pedido que limpiara su carro y se echa a reír junto con el joven que iba a su lado.

Este tipo de humillaciones es a las que se expone Luis en su labor diaria, las cuales muchas veces lo desmotivan y lo hace cuestionarse sobre el tipo de personas que hay en el mundo y por qué razón son tan crueles con alguien que solo está buscando una manera sana de sobrevivir sin hacerle daño a nadie. ◦

“Once años y medio de casados y ni un día fui feliz”: Alcira Díaz

Por Zayra del Carmen Berrocal Caldera



Un matrimonio arreglado o concertado es uno en el que un tercero es quien toma la decisión de unir a la pareja. Esta es una práctica que perdió fuerza a partir del siglo XVIII, pero que de todas formas, en muchas partes se sigue practicando, como en Oriente Medio, África, América Latina y muchas más.

El 1 de junio de 1963, Alcira Díaz Vargas y Adolfo Berrocal Ruiz contrajeron matrimonio sin que uno de ellos estuviera de acuerdo. Hoy, casi 60 años y tres hijos después, Alcira cuenta como le fue inevitable unirse a un hombre que no amaba.

Desde la comodidad de su habitación, en una casa que le pertenece a su segunda hija, la señora que ahora tiene 86 años relata de manera

muy exacta cómo fue su historia con el hombre con el que compartió muchas cosas, y que, en su mayoría, no eran buenas. Lo conoció un mes de mayo. Él empezó a acompañarla a misa, católica desde la infancia, esta fue una manera de cortejarla y, evidentemente, la atrapó, muy a pesar de sus amigas quienes lo rechazaban por el hecho de ser comunista. Alrededor de un año, ambos mantuvieron una relación cercana, una que al final acabaría en una eterna desilusión.

—Seguimos la relación, toda normal, pero ya al final, después de un año, fui notando ciertas cosas que no me gustaban de él: era muy posesivo conmigo y en reuniones, con cualquier pretexto, se iba para nunca pagar la cuenta y yo quedaba mal. Todas esas cositas me fueron decepcionando de él.

Alcira, una muchacha alegre y feliz, reconocida por ser quien en una fiesta nunca se sentaba porque siempre estaba bailando, tenía muchos pretendientes y contra todo pensamiento, el padre de Adolfo, el Dr. Ramón Berrocal, en ese entonces gobernador de Córdoba (quien era uno de los pretendientes), para evitar que su hijo siguiera la relación con la que él deseaba que fuera su amante y novia, a pesar de ser un hombre casado, intentó hasta lo más extremo por evitar todo contacto entre ellos, aunque ella había dejado muy claro que no quería nada con ninguno de los dos.

—Cuando el papá se enteró de que el hijo estaba enamorado de mí, lo mandó para el ejército. Su abuela, que fue quien lo crio, llegó hasta mi casa para pedirle a mi mamá que nos casáramos para evitar que mataran a su nieto, porque en esa época ya empezaba la violencia en Colombia.

Esa fue la razón principal del acuerdo de matrimonio, pero no la única. Alcira se lamenta: “siempre hay personas que no miden las consecuencias de lo que dicen” y esa persona que con sus comentarios al aire, calentó oídos y terminó de cavar la tumba de lo que sería una mujer soltera que no quería ser atada a alguien que ella no aceptaba, fue su vecino, un hombre que ella denomina con mucho fastidio y rabia como “lengua larga”. Él le dijo a su madre que “la mona (como era llamada Alcira) tuviera mucho cuidado, que abriera el ojo que le iban a dejar la paloma sacrificada”.

Con la mirada perdida, y de manera muy tranquila —seguramente rememorando los hechos que acontecieron tantos años atrás: a esa mujer que quería alzar la voz y decir que no, que fue vilmente escondida y decretada como la prometida del tesorero municipal, cargo que él ostentaba en ese entonces, que solo significaría el principio de una gran desdicha —cuenta como su madre tomó la decisión, sin tenerla en cuenta a ella y por lo que no le quedó más que aceptar, pues sabía que eran nulas las opciones que le quedaban.

—Con todas esas circunstancias, como él realmente le caía bien a mi mamá, se organizó el matrimonio, en esa época uno tenía que ser obediente. Ya yo no quería, porque estaba decepcionada de él, así que me negaba rotundamente, pero mi mamá lo estipuló y a mí no me quedó de otra.

De ahí en adelante no quedan sino relatos de lo que fue una vida tortuosa, de la que Alcira es clara al decir que cada embarazo significó una ruptura entre ellos. Entre celos y mentiras, grandes engaños y escándalos, Alcira relata muchas experiencias de su vida de casada, si es que ese a constante martirio se le puede llamar “vida”. Se enreda entre tanta historia y vuelve a empezar y a pesar de que, en su mayoría, por no decir todas, son desdichas, las cuenta con mucha alegría, se ríe de cada suceso y expresa, una y otra vez, la frase: “qué mente tan buena la mía para acodarme de todo”.

Y vaya que era mucho, pero de un momento a otro se queda callada y dice de manera bastante melancólica: “ahí se ve en el retrato de matrimonio la tristeza que yo tengo”. Fueron años enteros de peleas, amantes por parte de él, soledad para ella que intentaba, prácticamente sola, criar a sus hijos. Adolfo era poco constante en la vida familiar, el único pilar que mantenía a flote a la familia Berrocal Díaz era ella.

Al tener su último hijo, a solo tres meses de nacido, tomó la decisión que la liberó casi a un cien por cien de su tormentoso matrimonio. No fue un divorcio definitivo, pues ante la iglesia hoy en día siguen unidos, aunque con una división de bienes y una separación de vidas, Alcira se convirtió en una mujer libre y sin ataduras reales con quien se vio obligada a casarse y que, confiesa, odio durante un tiempo.

En Cartagena encontró un nuevo comienzo de la mano de sus tres pequeños y, aunque ellos significaban que aún lo tendría en su vida y que su madre estaba de todo menos de acuerdo con la separación, Alcira después de tanto tiempo pudo ser la dueña de todas sus decisiones. Él siguió frecuentando a sus hijos y cuando estos hicieron sus vidas a parte, también estuvo presente, porque si algo puede reconocer y decir en voz alta con total seguridad es que, aunque no fue un padre ejemplar, él amaba a sus hijos y con una adoración todavía mayor ama a sus nietos. Eso es algo que le resaltará, incluso, hasta los últimos días de vida.

Después de años de separación, el odio y el fastidio mermaron. Tanto así que, en algunas navidades, Adolfo le hizo regalos a la que un día fue su esposa. Si hoy en día su corazón está totalmente libre de odio y de rencor por él, es algo que se guarda para ella sola y para sus fantasmas. Ella habla desmesuradamente mal de su recuerdo, porque así de malo fue; pero afirma que no es por un acto de venganza.

El 10 de julio del 2019, a los 78 años, y por causa de un fuerte y agresivo cáncer, Adolfo Berrocal Ruiz murió. Ella no lo vio en sus últimos días y tampoco fue a su funeral, sin embargo, ante la ley y la iglesia, hoy es considerada su viuda. De los dos solo queda uno y muchos recuerdos que ahora hacen parte de la memoria de quien cuenta dicha historia cargada de muchas tristezas y pocas alegrías. Si empaña su imagen o no, no es su problema y realmente no es su intención, deja en claro que solamente dice la pura y cruel verdad de lo que fue su matrimonio arreglado que, si bien le dio lo que más adora (sus tres hijos), también fue el causante de muchas de sus penas.



**Universidad
Pontificia
Bolivariana**

SU OPINIÓN



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto. La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos. Para darnos su opinión, comuníquese a través de la línea (57)(4) 354 4565 o vía correo electrónico a editorial@upb.edu.co Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación, su nombre, correo electrónico y número telefónico.

El año de las crisis

Adriana Cogollo Asías

Un mal procedimiento estético, una vida arrebatada

Ana Karina Cohen Almanza

La cara del desplazamiento forzado: “como quien dice, no los queremos aquí”

Andrea Santana Olaya

La pena de muerte

Aury Sandrith Morales Morelo

El covid-19, una batalla inesperada

Bairon Andrés Sánchez Ramos

Abogados de familia

Camilo Andrés Castaño Castillo

“No entendía por qué pasaba el tiempo y yo no me sentía atraída sexualmente por nadie”

David Andrés Cabrales Quiroz

Altos el Rosario y su Iglesia Cántaro

Eylen López Yances

El Sinú, lugar de gente mítica

Juliana Royo Malluk

El arte de ser yo

Karen Sofía Mejía Villadiego

“Corozal se encuentra a 118 metros sobre el nivel del mar, y a esa altura se encuentra el prestigio de Mosaicos Corozal”: Julio Salgado

Karolyn González Salgado

El diario vivir de un vendedor informal

Katerine Pinedo Fuente

Es difícil emprender, pero no imposible

Luisa Fernanda Varilla Estrella

El baúl de lo paranormal

Luz Ángela López Suárez

Los palcos engalanados se fueron al suelo...

María Carolina Sierra Bertel

“Si no tienes palanca política o relaciones similares es imposible conseguir trabajo de la noche a la mañana”: Leonis Díaz

María José Petro Díaz

Las emociones también se contagian

María Paula Peña Agreoth

Oportunidades de un pedagogo

María Fernanda Bohórquez Taboada

“Ella no merece estar así”: Jorge Orlando

María Margarita Álvarez Martínez

Transformación de quiosco de palma en Institución Educativa

María de Jesús Guerra Vásquez

Soldado por un día

Marilyn Carolina Díaz Condero

Orgullosamente transgénero

Néstor Javier Laza Chimá

El rostro de la resiliencia, un viaje sin retorno

Rafael Ricardo Rico Lobo

“Porque, aunque el camino no es fácil, de todas nuestras experiencias debemos aprender”: Cesar Casarrubia

Salomé Castillo Angulo

A sangre y fuego

Stefanía Mestra Negrete

Juancho, su capacidad de héroe

Vanesa Carolina Gómez Díaz

Anécdotas de una secuestrada

Wandy Cecilia Acosta Romero

Las ganas lo pueden todo

Wendy Donay García Bello

“Once años y medio de casados y ni un día fui feliz”: Alcira Díaz

Zayra del Carmen Berrocal Caldera

